

El poblamiento de la Maresma o Costa de Levante en la época anterromana

POR J. DE C. SERRA RÁFOLS

LA COMARCA

Por encima de la artificiosa división provincial, establecida por los liberales de comienzos del siglo XIX imitando los departamentos napoleónicos, surge en todas partes la gran división tradicional que se apoya en la realidad histórica y etnológica de los estados nacidos de la obra titánica de la Reconquista; y, como célula menor, la comarca natural, apoyada en un complejo de hechos geográficos, históricos, etnográficos y económicos.

El choque de esta honda realidad con aquel artificio, alentada además por deseos insatisfechos de estructuración política, ha determinado en este país una abundancia extraordinaria de estudios enderezados a fijar los límites de estas comarcas naturales. Estos estudios datan de tan larga fecha, que ya a finales del siglo XVII el jesuita P. Gil y el rector de la Selva del Camp, Onofre Manescal, dieron unas primeras relaciones de comarcas naturales, esencialmente las mismas contenidas en los estudios modernos, manteniendo la continuidad de este interés comarcalista, los trabajos de E. Corbera de 1678 y de J. Aparici de 1708.

LA COMARCA DEL MARESMA

En el erudito y completo estudio de la materia, publicado en 1933 por la Ponencia de la división territorial,¹ se expone el estado actual de la cuestión con todos sus antecedentes históricos, y de él puede deducirse que, con pocas variantes, todos los autores que han tratado de la misma admiten

1. G. DE C., *Divisió territorial, estudis i projectes*. Barcelona, 1933, texto y mapas.

la existencia de una comarca formada por las sierras que quedan a levante de Barcelona, entre el mar y la depresión del Vallés, comarca que ha recibido diferentes nombres : *el Maresme* o *la Maresma*, *la Marina*, *la Costa de Llevant*, etc., resultando el nombre más generalizado el de *Maresma*, admitido por quince de los veintitrés autores contenidos en la tabla que se publica en el trabajo a que hemos hecho referencia, nombre que será, por lo tanto, el que utilizaremos nosotros.

Si la existencia de esta comarca natural es innegable, hay que reconocer que su denominación es erudita, ya que el pueblo, si bien tiene clara noción de aquella unidad, la designa con nombres muy vagos y que varían de pueblo a pueblo. De la misma manera, los límites de todas las comarcas, como quiera que no están sancionados por la administración, son algo vagos y variables; de modo que, como es natural, los investigadores más solventes que se han aplicado a trazar aquellos límites, raramente se han puesto de acuerdo, por lo menos en las cuestiones de detalle. Además, con idéntica buena fe, se llegará a uno u otro resultado, según el punto de vista de que se parta y según sea la finalidad que se busca. En nuestro caso, que es el de un estudio histórico-arqueológico, incluiremos en la *Maresma* algunos municipios que deberían ser excluidos en el caso de una división territorial destinada a servir finalidades prácticas del momento actual.

Para nosotros, los límites de la comarca quedan determinados por los de toda la masa montañosa que queda más allá del Besós y que se prolonga hasta el portalón abierto por el Tordera, pero comprendiendo, además, al otro lado de esta débil corriente fluvial, la villa de Blanes y su término, es decir, llegando hasta el comienzo de la llamada Costa Brava.

Por el sudeste, el límite lo forma el mar; por poniente admitimos el curso del Besós, no por la importancia de este río, sino más bien para excluir intencionalmente de nuestro estudio, el de los numerosos restos que son muestras del poblamiento antiguo del llano de Barcelona y montañas que lo rodean; debiendo empero advertir, que hasta la época romana avanzada, el poblamiento del trozo de cadena herciniana que va del Besós al Llobregat, no difería del resto de la misma, ya que las condiciones naturales y humanas eran idénticas. Tan solo el afortunado crecimiento de Barcelona, fundado en la mayor amplitud de la llanura litoral, determinó un cambio de condiciones humanas, desde el momento en que la actual capital se sobrepuso por su importancia a las demás poblaciones de la zona costera, que hasta entonces habían tenido una evolución paralela.

De todas maneras, el paso del Besós tiene geográficamente una gran importancia, pues es el portillo por el cual se escurren las aguas del interior a través de la cadena litoral. Es por la línea de contacto con el Vallés

donde los límites resultan menos fijos. Los autores de que hemos hecho mención, en especial P. Vila, en su magistral estudio sobre el Vallés,¹ incluyen en esta última comarca una serie de pueblos que, situados en el límite de la zona montañosa, miran en dirección a la depresión vallesana, y que hoy se comunican más fácilmente y dependen por su economía de esta última comarca; pero nosotros, teniendo en cuenta que tales lugares corresponden a la zona montañosa, los incluiremos en la Maresma, ya que en manera alguna puede considerarse un límite esta cadena de montañas, sino que la comarca está integrada por ella misma y la estrecha faja litoral, con frecuencia cortada por macizos rocosos que avanzan hacia el mar hasta bañar sus pies en él y que no forma más que un apéndice de la montaña. Por el extremo nordeste, ya hemos dicho que incluimos en la Maresma la villa de Blanes, a pesar de estar situada al otro lado del Tordera; pero el hecho es que esta villa vive y ha vivido siempre más en contacto con los pueblos de la marina que con los de la Selva.

Así pues, consideramos comprendidos en esta comarca la totalidad o la mayor parte de los actuales términos municipales de Santa Coloma de Gramenet, Sant Adrià de Besós, Sant Fost de Campsentelles, Martorelles, Montornès, Tiana, Badalona, Alella, Teià, El Masnou, Premià de Dalt, Premià de Mar, Vilassar de Dalt, Vilassar de Mar, Òrrius, Cabrils, Cabrera de Mataró, Argentona, Mataró, Dos Rius, Sant Andreu de Llevaneres, Sant Vicens de Llevaneres, Caldes d'Estrac, Vilalba Sasserra, Vallgorguina, Arenys de Munt, Arenys de Mar, Sant Iscle de Vallalta, Sant Ciprià de Vallalta, Canet de Mar, Sant Pol de Mar, Orsavinyà, Calella, Pineda, Santa Susanna, Malgrat, Fogàs de Tordera, Tordera, Palafolls y Blanes, y parte de los de la Roca del Vallès, Sant Celoni y Gualba.

CONSTITUCIÓN FÍSICA Y VEGETACIÓN

El núcleo de la comarca está formado por una cadena de montañas envejecidas y gastadas, como lo demuestra su perfil suavizado en sus partes más altas, y que forman parte del conjunto geológico que en toda Europa se conoce con el nombre de sistema de relieve *herciniano*; las constituyen masas de granito y pizarras y calizas silúricas, que van desde el Tibidabo hasta el Montnegre, de manera que la constitución geológica es bastante uniforme. Las alturas de esta cadena son modestas : su punto culminante se encuentra en el citado Montnegre con la cifra de 759 m., superior, por lo tanto, a la altura del Tibidabo. Las cotas más comunes van de los

1. PAU VILA, *El Vallès; assaig geogràfic*, en el vol. I de la *Biblioteca d'Estudis Comarcals: Comarca del Vallès*. Barcelona, Casa del Vallès, 1930, págs. 1-83, con numerosas láminas.

300 a los 500 m. sobre el nivel del mar, lo que representa que estas elevaciones no suben más que un par de centenares de metros sobre su base, situada en los valles relativamente altos que forman la masa de la cordillera. Son todas ellas colinas de perfiles y contornos suavizados por una erosión multimilenaria, de manera que en lugar alguno hemos de encontrar los poderosos acantilados que tanto abundan en otras sierras del mismo país. Esto quiere decir que los pasos son abundantes y las comunicaciones fáciles; raramente hay cuellos de más de 300 m. de elevación, y por todas partes sendas y caminos discurren a través de esta geología amable.

La vegetación silvestre, debido a esta constitución geológica y a unas precipitaciones que sin ser muy abundantes tampoco son escasas (unos 700 a 800 mm. anuales), tiene la espesura propia en un clima por demás agradable. La parte de la cadena que mira hacia el interior está más abundantemente arbolada que la que mira hacia la costa; pero como las condiciones climáticas y geológicas no difieren profundamente, este hecho se explica más por la acción humana que por circunstancias naturales. Hoy día, y desde hace siglos, la población es más densa a partir del litoral; y aunque modernamente este desnivel demográfico se ha acentuado intensamente, parece claro que aun prescindiendo de la faja litoral, las vertientes y los pequeños valles que podríamos llamar marítimos, sustentan un mayor número de personas que aquellos que limitan con la depresión vallesana. El vegetal dominante en los bosques que quedan en estas sierras, bosques que son algo así como mojones testimonio de la selva que los cubría en los tiempos prehistóricos, es el pino piñonero, que crece tanto más vigorosamente cuanto más intensa ha sido la descomposición de las rocas, y que, por lo tanto, tiene su mejor asiento en las zonas graníticas intensamente trabajadas por los agentes naturales, que han originado la tierra floja y extraordinariamente fértil que en la lengua del país se llama *sauló*. Estos pinares llevan un bosque bajo de romeros, bojés, acebos, jaras, tomaníes y aliagas que contribuyen a mantener la humedad y fertilidad de la tierra. Donde el pinar ha desaparecido, crece en su lugar un monte bajo muy denso, en el que se mezclan brezos, madroños y aliagas de la altura suficiente para recordar el *maquis* de Córcega, hecho éste muy digno de recordarse, pues contribuye a ocultar las ruinas antiguas a la vista del explorador, pero también a conservarlas.¹

1. Cuando el granito forma el conjunto del suelo, las colinas onduladas de formas dulces son fértiles y con más frecuencia cubiertas de bosque; los valles son más anchos con las vertientes poco acentuadas. Es que el granito, a pesar de su gran dureza, es fácilmente alterable por la acción química de las aguas pluviales, que, cargadas de anhídrido carbónico, descomponen los feldespatos de la roca. Esta última se reduce a arenas groseras, cuarzosas y micáceas. La arena forma en la superficie del granito un manto esponjoso, que puede llegar a tener muchos metros de espesor, tanto más apto a imbibirse que la arcilla de los feldespatos subyacente constituye un manto impermeable. De esta manera el granito es atacado fácilmente por el agua, y la circu-

CONDICIONES DE HABITABILIDAD

Esta tierra se presta admirablemente a toda clase de cultivos, sobre todo al de la vid. Hoy día todos los cultivos que podríamos llamar tradicionales, incluyendo el viñedo, han retrocedido ante el cultivo de la patata, introducido durante el siglo pasado, de manera que el aspecto botánico de la comarca ha variado profundamente durante el último siglo.

Estas condiciones tan favorables para la vida humana, como son, tierra fértil y clima suave en todas sus manifestaciones, están todavía aumentadas por la posesión de un extensísimo litoral, en el cual predomina la playa arenosa, interrumpida únicamente por macizos de montaña en Montgat, entre Caldes y Arenys, y más abundantemente desde esta última localidad hasta cerca de Calella, o sea en un sector de unos 10 km. de longitud, sin que en parte alguna tales macizos presenten el aspecto imponente de los de la Costa Brava o de la sierra de Garraf. Más allá, la llanada litoral vuelve a ensancharse, y la playa se prolonga ininterrumpidamente hasta Blanes, tal como hemos dicho. En esta playa no existe ningún puerto natural; en lugar alguno las montañas avanzan lo suficiente para originar las pequeñas calas bien resguardadas, que se han de encontrar más al norte. Pero en los tiempos a que hemos de referirnos y en la época romana, esto tenía poca importancia; las pequeñas naves de la antigüedad fácilmente eran sacadas a la playa, cosa tanto más factible en un litoral que no está azotado por fuertes vientos, de manera que hay datos arqueológicos que permiten presumir que, en los siglos de Roma, la carga y descarga de mercancías se efectuaba en todo el litoral directamente, sin que hubiese necesidad de transportarlas hasta un verdadero puerto de embarque. Por otro lado, éste se encontraba muy lejos, ya que Barcelona, en realidad, hasta fecha muy avanzada, fué una playa abierta, apenas resguardada por la lengua de tierra que con los siglos había de ser el lugar de asiento de la Barceloneta.

Los valles que surcan toda la comarca son un modelo admirable de pequeños y rientes vallecitos, poco anchos, resguardados de los vientos y caldeados por un sol que, reflejado en las colinas circundantes, aumenta la temperatura en las solanas; de manera que los pueblos actuales, sucesores

lación de ésta favorece el crecimiento de la vegetación. Cuando la circulación es muy activa puede arrastrar la arena y poner al descubierto la roca viva. Las arenas son arrastradas al fondo de los valles, donde forman gruesas capas, en las que se mantiene la humedad, y que si no tienen un fácil drenaje pueden originar praderas turbosas. Sobre las colinas, en las superficies en que la arena se mantiene, hay humedad que permite el crecimiento de la vegetación, lo que da una cierta fertilidad. De esta manera los paisajes graníticos son frescos y verdes con praderas sembradas de pequeños bosques. (Ver Marcel CHEVALIER, *Les Paysages Catalans*. París, Librairie Scientifique Albert Blanchard, 1929.)

de los lugares de habitación romanos, encuentran las máximas condiciones naturales para prosperar a porfía. La abundancia de bosque y la naturaleza esponjosa del terreno, retienen las aguas en tal forma, que cursos insignificantes se mantienen todo el año; no hay muchas fuentes, pero gracias a la naturaleza del terreno las aguas subterráneas, captadas por medio de minas, son abundantísimas, lo que acaba de completar la condición altamente propicia de esta tierra para la vida humana.

CARTOGRAFÍA

La comarca de la Maresma puede considerarse que es una región bien cartografiada, lo que favorece extraordinariamente su exploración y la fijación de los hallazgos en un mapa.

Vamos a enumerar las cartas geográficas existentes con indicación de sus cualidades para el estudio. La primeramente publicada, fueron las hojas del *Mapa geològic i topogràfic de la província de Barcelona*, debidas en su parte topográfica a Eduard Brossa y en su parte geológica a Jaume Almera. Las hojas que nos interesan son las correspondientes a la región primera o llano de Barcelona, en la que se comprende el extremo sudoeste de la Maresma, con los términos de Sant Adrià, Badalona y Santa Coloma de Gramenet; la región quinta o del Montseny, Vallés y litoral; y la región cuarta o del Río Tordera, en la que no queda comprendido el término de Blanes, por corresponder administrativamente a la provincia de Gerona. Este mapa, a escala 1 : 40,000, reúne a la vez grandes cualidades y ciertos defectos. La topografía se basa en curvas de nivel a 5 m., lo cual resulta excesivo aun aplicado a un mapa a gran escala y de un país de orografía suave; hasta el punto de que por poco fuerte que sea el desnivel, dichas curvas, muy tenuemente dibujadas, se confunden unas con las otras y son más un sombreado que unas verdaderas líneas de nivel; por lo menos habría sido aconsejable reforzarlas, cada 50 m. por ejemplo, con lo cual habría mejorado este aspecto del mapa. También las indicaciones geológicas, con su colorido muy acentuado, sobre todo en una comarca donde predomina el granito, indicado en un rojo bastante subido, contribuyen a quitar claridad al mapa; pero hay que pensar que éste fue publicado pensando preferentemente en esta parte geológica. Es lástima no se hiciese una edición puramente topográfica, que, de seguro, habría gozado del favor del público. Precisamente esta preferencia geológica es la que indujo a dar en tintas rebajadas todas las indicaciones topográficas, que son, en consecuencia, las que menos resaltan. En cambio, todo lo que se diga en elogio de la exactitud topográfica será poco : los accidentes están

bien representados, las indicaciones toponímicas son tan abundantes, que casi no hay *masia* o casa de campo, por poco importante que sea, que no esté señalada con indicación de su situación y del nombre con que es conocida; la toponomástica está igualmente muy bien cuidada. Esta abundancia de indicaciones toponímicas facilita extraordinariamente los trabajos de prospección y la anotación muy exacta de los lugares de los hallazgos.

A continuación, hay que anotar las hojas del *Mapa topográfico de España*, publicado por el Instituto Geográfico y Catastral. Su escala es la de 1 : 50,000; las hojas que afectan esta región son las 365, Blanes, no publicada; 393, Mataró; 394, Calella, y 421, Barcelona, cuyas primeras ediciones fueron publicadas en 1927, 1927 y 1926, respectivamente. En este mapa las indicaciones de nivel están hechas, asimismo, por medio de curvas equidistantes 20 m., acentuado su dibujo, en las hojas 393 y 394, por medio de un sombreado que tipográficamente es un fracaso, y que solo sirve para hacer más difícil el examen de las curvas. Si a esto unimos las indicaciones de cultivos, embarazosas y completamente inexactas, comprenderemos cuán poco claro resulta este mapa, no por defecto, sino por exceso. La toponimia es escasa y la toponomástica caprichosa, irregular y con frecuencia pintoresca, por la mezcla de palabras en varias lenguas. De todas maneras resulta un trabajo muy aprovechable.

Otro mapa de la comarca está constituido por las hojas 30 (Calella) y 35 (Barcelona) del *Mapa de Catalunya*, a escala 1 : 100,000, publicadas por la *Generalitat* y la *Mancomunitat*, respectivamente, en 1935 y 1923. La escala es excesivamente pequeña para que puedan pedirse grandes detalles a este mapa; la equidistancia de las curvas es de 50 m., acentuadas de cinco en cinco y apoyadas en un sombreado tipográficamente muy bien logrado; esto, la pulcritud del dibujo de los núcleos urbanos y lo bien cuidado de la toponomástica, hacen este mapa muy interesante dentro de su escala más reducida; lástima que la parte publicada comprenda sólo una porción de la comarca, pues falta la hoja 29 (Mataró), que abarcará buena parte de aquélla.

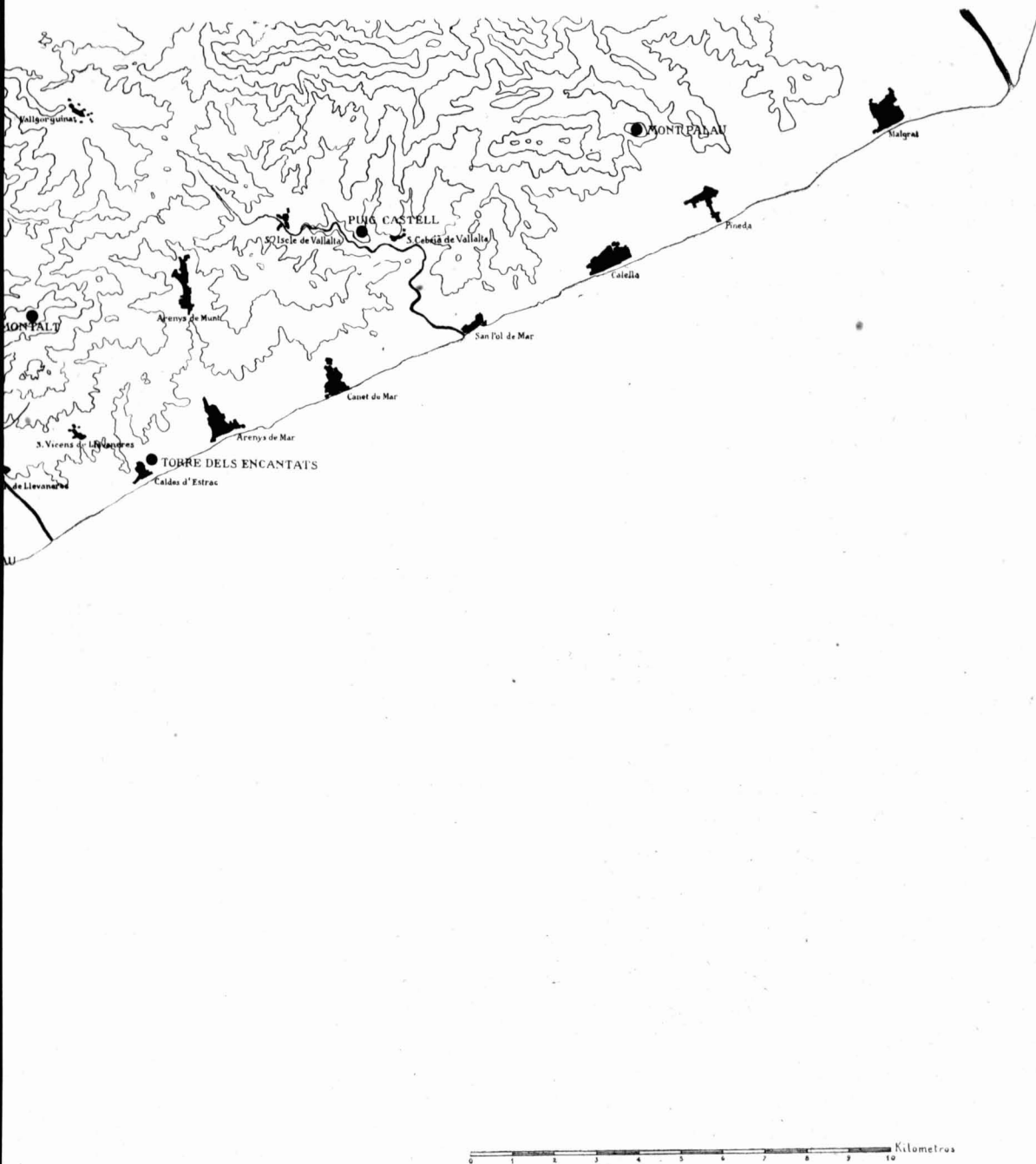
Aparte de esto, un pequeño mapa esquemático que recomendamos, es el que acompaña a la *Guia de la Costa i Serres de Llevant*, a escala 1 : 150,000, publicado en 1921 por el *Centre Excursionista de Catalunya*, y que comprende todo el territorio entre el Besòs y el Tordera.

Además, de algunos de los municipios de la comarca hay publicados planos de los respectivos términos. El más interesante es el *Plano general topográfico de Badalona y su término municipal*, a escala 1 : 10,000, publicado acaso con excesiva reducción respecto al tamaño en que fué dibujado el original; de todas maneras es un trabajo muy exacto y muy apreciable. Mataró tiene otro plano topográfico, a escala 1 : 5,000, menos valioso por circunscribirse a la parte urbana de dicho término.



Fig. 1. — Mapa de la Maresme

La topografía está tomada de las hojas correspondientes del Mapa Topográfico de España a escala 1 : 50.000, publicados por el Ministerio de Fomento. Los poblados layetanos, por medio de pequeños círculos, no figuran en el mapa, por lo que se han indicado en el texto.



región de la costa Llayetana

por el Instituto Geográfico y Catastral. La equidistancia de las curvas es de 100 m. Los núcleos de población su designación, en letras capitales. Los poblados de Blanes y del Puig Castellar de Orsavinyá, citados en el fuera del área abarcada por éste.

EL POBLAMIENTO PREHISTÓRICO

No se conoce ningún resto paleolítico seguro hallado en la Maresma.¹ A ello puede haber contribuido la naturaleza y constitución del terreno. Por un lado, las formaciones graníticas y silúricas, no favorecen la formación de cuevas,² lugar siempre aprovechado por el hombre prehistórico para vivir, enterrar a sus muertos o practicar las ceremonias de su culto, y que por sus especiales circunstancias se prestan más que ningún otro sitio a la conservación de sus restos. Por otro lado, esta misma constitución geológica determina la formación de estratos sedimentarios recientes muy poderosos, capaces de cubrir los restos al aire libre de aquellos tiempos tan remotos, bajo grosores tan considerables que no pueda pensarse en encontrarlos fácilmente. Es un caso muy distinto del de los areneros descarnados de la llanada de Madrid, que a profundidades muy pequeñas han proporcionado restos abundantes del paleolítico. Como deberíamos limitarnos a decir que, demostrada la presencia del hombre paleolítico en Cataluña, debió recorrer estas sierras densamente arboladas y abundantemente provistas de caza, pasaremos a otros tiempos de los que tenemos documentación más positiva.

En el neolítico, en los terrenos formados por las arcillas cuaternarias y explotados por las tejederías y ladrillerías, han sido descubiertas sepulturas correspondientes a esta época en los términos de Badalona,³ Montor-

1. Una hacha de mano de tipo chelense, tallada en jaspe de Montjuic, que figura en el Museo Arqueológico de Barcelona, fué donada por don Matías Pallarés, como procedente del Masnou. M. RIBAS I BERTRAN, en *Origen i fets històrics de Mataró*, Mataró, Imp. Minerva, 1934, pág. 9, cita una hacha «amigdaloides-lanceolada-romboidal», tallada en un cristal de cuarzo transparente, de 9 cm. de ancho, como procedente del Turó de Serdanyola, en el término de Mataró. Cita además unas puntas de flecha que califica de auriñarienses. El carácter paleolítico de estos hallazgos es muy dudoso y como no publica grabados es difícil emitir un juicio sobre los mismos.

2. RIBAS I BERTRAN, *Origen i fets històrics de Mataró*, págs. 14-15, cita algunas cuevas, que son las siguientes: «Coves de Can Nadal», en el Turó d'En Trull, término de La Roca del Vallés, sobre la casa de campo denominada Can Nadal, su acceso es dificultoso (este lugar está señalado en el mapa de Brossa con la indicación «Serra de les Coves de Can Nadal»); en el Montcabrer, en la divisoria de los términos de Cabriels y Cabrera de Mataró, a pocos metros de la cumbre, en un lugar también de acceso difícil, hay otra cueva llamada «Cau de les Bones Dones» o «Cova de l'Encantada»; en esta montaña (en la que además hay restos de un poblado ibérico) se han encontrado en bastante cantidad, «hachas de piedra pulimentada neolíticas, raspadores, cuchillos y flechas de sílex, entre los hallazgos figura una pequeña hacha de ofrenda de piedra negra muy pulimentada»; en el lugar de Cirera, término de Mataró, hay diversas cuevas artificiales, «en sus alrededores se han encontrado diversas hachas de piedra»; finalmente en el lugar de Canyamars, cerca de Can Roget, término municipal de Dos Rius, hay otra cueva. Ninguna de estas cuevas ha sido excavada. Las artificiales de Cirera son probablemente mucho más modernas.

3. J. de C. SERRA RÁFOLS, *Forma Conventus Tarraconensis*, fasc. I, *Baetulo-Blanda*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1928, pág. 13. — Gaietà SOLER, *Badalona*, Barcelona, Giró, 1890, pág. 9. — BOSCH GIMPERA, *Prehistoria Catalana*, Barcelona, Editorial Catalana, 1919, página 93. — Gaietà SOLER, *La Veu de Montserrat*, año 1885, págs. 275 y 282. — J. FONT I CUSSÓ, *Una sepultura pre-ibèrica*, *Agrupació Excursionista Badalona*, n.º 10 (1932), pág. 13. — J. COLLMINES, *Enterraments no megalítics o en fossa*, *Sepulcre de l'urbanització Baillori*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, 1927-31, págs. 9-10.

nés,¹ Vilassar de Dalt,² Mataró,³ Sant Pol de Mar⁴ y Canyamars (Dos Rius).⁵ Se trata de simples fosas, a veces indicadas en la parte exterior por piedras hincadas en el suelo, que en el momento de su descubrimiento estaban totalmente cubiertas por la tierra, pero que es probable que en su tiempo saliesen de la superficie de la misma e indicasen el lugar de las sepulturas.⁶ En éstas, como ofrendas, se encuentran vasos lisos, pequeños cuchillos de sílex, hachas muy bien pulimentadas, moluscos, cuentas de collar de calaís, etc., exactamente tal como acontece en todos los sepulcros de este tipo que se encuentran en el levante de España, desde Andalucía hasta el Pirineo. El hecho de encontrarse hallazgos de la misma naturaleza más al sud y más al norte, permite afirmar que una población de cultura uniforme ocupaba todo el levante de Cataluña y por lo tanto, la Maresma. Hemos de creer que los hallazgos de esta naturaleza se multiplicaran, ya que algunos son muy recientes. No tenemos ningún resto de las habitaciones utilizadas por estas gentes. Faltando las cuevas, debían acampar en poblados de cabañas, de los que se han encontrado bien pocos restos en Cataluña; o acaso en poblados con casas cuadrangulares hechas de piedra puesta en seco o adobes.

Otra muestra de la población en el neolítico o acaso en el eneolítico, y por lo tanto contemporáneo o algo posterior a los sepulcros citados, son los hallazgos sueltos de hachas de piedra. Muchos de ellos han sido efectuados en estaciones muy posteriores (en poblados y silos ibéricos), donde evidentemente habían sido recogidos como objetos curiosos, acaso valorados mágicamente, siendo probable que hasta aquella época se remonte la creencia de que eran un producto de la caída del rayo, atribuyéndoseles el poder de preservar de los efectos de este meteoro. En este caso se guardarían en las cabañas ibéricas, con el mismo título que se guardan en nuestras masías y casas de campo, por este poder mágico o a título de simple curiosidad; el hecho cierto es que lo mismo en el poblado de Puig Castellar que en los silos de La Torre dels Encantats, se han encontrado buen número de ejemplares de tales hachas. Además de en estas estaciones ibéricas, tenemos noticia del hallazgo de hachas sueltas en los términos de Arenys de Munt, Arenys de Mar, Badalona, Cabrera de Mataró,

1. JOSEP COLOMINES, *Enterraments no megalítics en fosa : Sepulcre de la rajoleria de Can Torrents. Montornés (Vallès)*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, 1927-31, pág. 7. — J. COLOMINES, *Nuevos sepulcros de fosa en Cataluña*, en *Ampurias*, II, 1940, págs. 159-60.

2. SERRA RÀFOLS, *Baetulo-Blanda*, pág. 13. — BOSCH GIMPERA, *Necrópolis de Sant Genís de Vilassar*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-14, págs. 70-74 de la «Crònica». — DURAN I SAMPERE, *Un nou sepulcre a Sant Genís de Vilassar*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-20, pág. 466.

3. J. COLOMINES, *Nuevos sepulcros de fosa en Cataluña*, en *Ampurias*, II, 1940, pág. 165, y RIBAS, lugar citado, pág. 16.

4. SERRA RÀFOLS, *Baetulo-Blanda*, pág. 13.

5. RIBAS, lugar citado, pág. 17.

6. En Badalona los enterramientos de este género quedaban a dos y tres metros de profundidad, en Vilassar a más de cinco metros y en Mataró a seis y más metros.

Dos Rius, Llavaneres, Martorelles, Mataró y Blanes, o sea más o menos en toda la comarca.¹

Bien poco nos informan estos hallazgos respecto al poblamiento; todo lo más merece consignarse el hecho de aparecer las sepulturas en tierra llana, lo que induce a creer que era en los pequeños valles y planicies donde esta gente acostumbraba habitar. Otro indicio que se desprende de estos hallazgos es la existencia de relaciones comerciales con otras comarcas, ya que lo mismo el sílex, que el calaís, que las piedras de que están fabricadas las hachas (en su mayor parte son de basalto), son productos forasteros; unos pueden proceder de regiones próximas; otros, y nos referimos concretamente al calaís, de regiones muy lejanas, al parecer del próximo oriente. No hay que pensar que este segundo comercio se efectuase directamente por las gentes de la comarca y sin la existencia de intermediarios. En cambio, el comercio con los otros materiales debía tener lugar por trueque directo con gentes de clanes o tribus vecinas, a cambio probablemente de productos de la caza, la pesca o el cultivo.

En el pleno eneolítico y comienzos de la edad del bronce, aparecen en la comarca algunos sepulcros megalíticos. Hasta ahora se conocen en número de tres²: uno en término de Vallgorguina, llamado *La Pedra Gentil*; otro en Vilalba Sasserra, conocido por *Pedra Arca*, y el tercero en Vilassar de Dalt, llamado *La Roca d'en Toni*; se trata de tres sepulcros de este tipo de los de la forma más corriente, sin que ofrezcan gran monumentalidad ni nada de particular. Figuran entre los sepulcros conocidos desde época muy antigua, los dos primeros descubiertos o señalados por los estudiosos desde el último tercio del siglo pasado, y el tercero a comienzos del presente. Por desgracia en ninguno de ellos se han hecho hallazgos, aunque no hay noticia de haber sido escrupulosamente excavados, a pesar de los largos años que son conocidos. De todos modos, estos hallazgos, si se efectuasen, de seguro no saldrían del conjunto bien conocido de la cultura pirenaica o megalítica catalana. Por la región de la costa de Cataluña, el dolmen de Vilassar de Dalt es el más meridional de los conocidos, prescindiendo del hipotético dolmen de Montjuic. Sea o no sea éste auténtico, no hay duda que la comarca de la Maresma forma el extremo avanzado de la cultura megalítica que tiene sus núcleos más densos hacia el norte. No es probable se descubran en la comarca muchos más megalitos, por ser ella bastante conocida y resultar este tipo de monumentos muy aparente. Para creerlo así nos fundamos especialmente en esto último, ya que son

1. RIBAS I BERTRAN, lugar citado, págs. 11-12, cita hallazgos de yacimientos de cantos pintados, la pintura y el carácter prehistórico de los cuales es sumamente inseguro.

2. Véase: LUIS PERICOT, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*. Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1925, pág. 98, que reproduce la bibliografía antigua.

muy extensos y numerosos los terrenos que no han sido explorados ni apenas visitados por los propios miembros de las agrupaciones de excursionistas de la comarca. Tampoco sabemos si esta cultura megalítica representa un avance de las gentes pirenaicas que usaron este tipo de sepultura en un territorio ocupado por gentes que no lo conocían, o bien se trató de la simple adopción del mismo por los pobladores de la Maresma. Es un caso general para gran parte de Cataluña, que la zona en que aparecen dólmenes al final del eneolítico y comienzos de la Edad del Bronce fuese ocupado en el neolítico por los sepulcros de fosa.

Nada sabemos de seguro de la Edad del Bronce, ni en su inicio ni en su pleno desarrollo, y las mismas causas que han determinado la penuria de hallazgos de épocas anteriores pueden haber obrado en este caso.

Para encontrar un nuevo hallazgo de gran importancia por su significación hemos de llegar a la primera Edad del Hierro o época de Hallstatt. En el corazón de la comarca, en el término de Argentona, tocando a la riera o rambla del mismo nombre, en el lugar llamado Ca l'Estrada, haciendo un pozo para el servicio de aguas de Mataró y nada menos que a 17 m. de profundidad, fueron hallados dos vasos típicos de la citada cultura.¹ No nos interesa determinar a qué momento de la misma pueden pertenecer, y sí solo constatar el establecimiento de gentes célticas en la comarca. En realidad, este establecimiento podría darse por indudable, habida cuenta de su presencia en el Empordà, el Gironès y el Vallès, pero de todas maneras su hallazgo es muy útil como testimonio fehaciente de su presencia. Se trata con toda probabilidad de una pequeña muestra de una necrópolis enterrada bajo potentísimos estratos de arena, y en el grosor enorme de éstos tenemos una prueba de la profundidad a que deben haber quedado los restos neolíticos y paleolíticos situados en los valles y hondonadas. De seguro que la necrópolis era muy extensa, y que a tal profundidad deben encontrarse gran número de sepulturas, que sólo una feliz circunstancia hizo se excavase un pozo tan profundo, coincidiendo precisamente con una sepultura.² En la época posterior llamada ibérica, hemos de encontrar en la cultura de esta comarca reminiscencias muy abundantes de la época de Hallstatt, hasta el punto de poderse decir que la cultura que llamamos ibérica tiene en ella más de céltica que de ibérica.

1. BOSCH GIMPERA, *Dos vasos de la primera edad del ferro trobats a Argentona*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, v, 1913-14, «Crònica», págs. 80-83.

2. Confirma esta apreciación un nuevo hallazgo hecho posteriormente (hacia 1908 o 1909), al excavar otro pozo para el mismo servicio, a proximidad del anterior, donde, a 28 m. de profundidad, fué descubierta otra urna cineraria de la misma cultura, «vaso de cerámica negra, fina, hecho a mano, de forma abombada con cuello alto y borde saliente, decorado con líneas anchas, paralelas y un motivo de meandros incisos» (M. RIBES, loco citato, pág. 21). Este vaso no fué conservado, las otras están en el pequeño Museo de Mataró.

LA ÉPOCA IBÉRICA

LAS PRIMERAS CITAS DE LOS TEXTOS

En el texto más antiguo que hace referencia a la geografía de España, el archiconocido Periplo contenido en la *Ora marítima* de AVIENO, inmediatamente después de la cita de Barcelona, que Schulten y la mayoría de los comentaristas se inclinan a creer antigua, se cita como pueblo de la costa a los Indigetias, sin que sepamos más concretamente cuál era el lugar donde estaba su límite meridional, y, por lo tanto, si empezaban inmediatamente después de Barcelona. En Strabón, se cita ya a los layetanos, y además a los lartolayetas, que parecen ser una fracción de los primeros. Con posterioridad todos los autores citan a los layetanos como pueblo típico de esta comarca y del Vallès, debiendo relacionarse el nombre de lartolayetas con el nombre del Río Tordera, *Arnum* o *Larnum*.

Como quiera que la cultura de las gentes de la Maresma, es bien semejante en el siglo III a la de los habitantes del Empordà y la Selva, resulta, a base de ella, muy difícil señalar los límites de estas tribus. Para intentarlo nos hemos de valer de las referencias de los textos y de la topografía de los lugares. El límite septentrional creemos queda bastante claro. No podemos sumarnos a la hipótesis de Castillo¹ que hace llegar el límite de los ausetanos hasta el Montnegre, fundándose en razones geográficas. Si esta sierra corriese de noroeste a sudeste, es decir, perpendicularmente a la costa, podría ser un límite entre las regiones situadas al nordeste y sudoeste de la misma, respectivamente. Pero el Montnegre, como todo el plegamiento herciniano, sigue aproximadamente paralelo a la costa; de manera que sólo podría separar los pueblos que ocupasen su vertiente marítima y su vertiente interior. Más bien creemos que puede considerarse un límite el fin del macizo de la Costa Brava, en forma que el valle del Tordera quedaría en territorio layetano.² En este valle las comunicaciones han sido siempre muy fáciles, y, a partir de Hostalric, el paso es más franco en dirección a La Batlloria y Sant Celoni que no en sentido opuesto. Recordemos también que desde el bajo Tordera se va más fácilmente hacia Pineda y Arenys, que no hacia Lloret y Tossa. Por fin, la cita concreta de Ptolomeo, de que Blanes pertenece a los layetanos, es digna de ser tenida en cuenta.

1. ALBERTO DEL CASTILLO, *La Costa Brava en la Antigüedad*, en *Ampurias*, I, pág. 198.

2. Esta es también la opinión de PONS GURI, *Notes per a l'arqueologia del Maresme*, en *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, n.º 513, 1938, buen conocedor de la comarca.

Bástenos añadir que el nombre de Layetania sigue viviente en la época romana, aplicado a una región de la cual forma parte la Maresma, y que sus naturales debieron seguir recibiendo el nombre de Layetanos después de la romanización, cuando la existencia de la antigua tribu no era otra cosa que un recuerdo.

EL POBLAMIENTO EN LA ÉPOCA LAYETANA

Es en la época ibérica o layetana, que por primera vez podemos tener una idea bastante clara de la forma del poblamiento en esta comarca. Esencialmente, puede decirse que los lugares de habitación se encuentran en lo alto de las colinas, rodeados de murallas y formando núcleos pequeños, pero cada uno de ellos compacto; en las pendientes, sin llegar al fondo de los valles, están las necrópolis.

Tenemos, pues, algo diametralmente opuesto al poblamiento actual. Éste, por un lado, se acumula junto al mar, en disposición con frecuencia lineal, paralelamente a la costa. Todo lo más, cuando el núcleo habitado coincide con la desembocadura de un torrente, las habitaciones suben a lo largo de éste, dando a los conjuntos de población una cierta forma triangular; ejemplo de lo primero son las poblaciones puramente lineales, como El Masnou y Vilassar, y de lo segundo, Arenys de Mar, Canet de Mar, Caldes d'Estrac y la misma Badalona. Mataró es un caso especial, en el cual el núcleo urbano ha llegado a tomar una forma casi cuadrangular. Si nos apartamos de la costa, todos los pueblos interiores ocupan el fondo de valles, siendo mucho más pobladas las tierras solanas que las humbrías; de manera que la vertiente de la sierra que mira al mar, reúne muchos más pueblos y más grandes que la que mira al Vallès. Hoy día los 150,000 habitantes que tiene aproximadamente la comarca, en los límites que hemos fijado, se distribuyen de esta manera: pueblos marítimos, unos 100,000 habitantes; pueblos situados en los valles abiertos sobre la costa, unos 40,000 habitantes; pueblos en valles cerrados u orientados hacia el interior, unos 10,000 habitantes, y hay que observar que los términos de estos últimos son los más extensos. En cuanto a lo alto de las colinas, no existe en ellas apenas poblamiento; aquellas soledades, los restos de los poblados layetanos, casi sólo las comparten con las ruinas de algunos castillos medievales (caso bien típico el de Burriac), con alguna ermita, algún monasterio (Cartuja de Montalegre) y unas pocas *masies*.

LOS LUGARES DE HABITACIÓN

Esta era la fisonomía general del poblamiento layetano. Conocemos un número suficientemente grande de poblados para que podamos hablar con toda seguridad. He aquí la lista de los poblados ibéricos hasta ahora catalogados. En la mayoría de ellos sólo se han efectuado prospecciones y alguna ligera excavación; el único que ha sido excavado en gran parte y que nos puede servir de ejemplo y pauta para suponer lo que eran los otros es el que citaremos en primer lugar.

1. Puig Castellar (término de Santa Coloma de Gramenet).
2. Turó d'En Folc o del Mas Boscà (Badalona).
3. Turó de les Maleses (cerca del lugar de partición de los términos de Reixac, Badalona y Sant Fost).
4. Turó de Montgat (Tiana).
5. Castell Ruf (Martorelles).
6. Sant Miquel (Montornés).
7. Cabrils (Cabrils).
8. Montcabrer (Cabrera de Mataró).
9. Burriac (Cabrera de Mataró).
10. Céllecs (Òrrius).
11. Poblado entre Argentona y Òrrius (Òrrius).
12. Els Castellans (Dos Rius).
13. El Castell (Dos Rius).
14. El Far (Llinàs del Vallès).
15. Turó de Nofre Arnau (Mataró).
16. Montalt (partición de los términos de Sant Vicens de Llevaneres, Sant Andreu de Llevaneres, Arenys de Munt y Dos Rius).
17. La Torre dels Encantats (Arenys de Mar).
18. Puig Castell (Sant Ciprià de Vallalta).
19. Montpalau (Pineda).
20. Puig Castellar (Orsavinyà).
21. Turó de Blanes (Blanes).

Algunos de estos restos de poblados se encuentran muy cerca del mar; otros, la mayoría, bastante alejados de él, y todos sin excepción en lo alto de colinas más o menos elevadas.

Siendo, por su mismo número, de un gran interés este conjunto de lugares de habitación, pasaremos a describir brevemente cada uno de ellos, deteniéndonos en especial en el primero por la razón aducida de ser el único bien estudiado.

I. PUIG CASTELLAR. — El poblado más antiguamente conocido es el situado en el Turó del Pollo, que su descubridor, Ferran de Sagarra, bautizó con el nombre muy apropiado de Puig Castellar, por el que es conocido por todos los arqueólogos. Excavado por el señor Sagarra, primero, y continuados sus trabajos por el *Institut d'Estudis Catalans* en dos cortas campañas, en 1925 el Servicio de Investigaciones Arqueológicas procedió a levantar el plano que publicamos. Aunque su excavación no ha sido total, lo que queda por descubrir es poco por corresponder a la parte del poblado peor conservada, donde la capa arqueológica es de poco grosor.¹

El Turó del Pollo se encuentra, tal como hemos dicho, en el término de Santa Coloma de Gramanet, dista 4'5 km. del mar y sólo 1'5 de la orilla izquierda del Besós. Frente a frente, en la ribera opuesta del río, se eleva el Turó de Montcada. No se puede decir que Puig Castellar esté en un lugar inaccesible, pero la subida es difícil y fatigosa por todos lados, excepto por el este, donde resulta más suave; las vertientes norte y sud son rapidísimas. Desde el lugar del poblado, se dominan por un lado las tierras que quedan hasta el mar y por otro buena parte del Vallès. Su altura es de 299 m. sobre el nivel del mar.

El poblado tiene una forma alargada. Su longitud total es de unos 100 m. y su anchura máxima es de 50 m.; su área no debía llegar a 4,000 m². La parte más alta, ya hemos dicho corresponde a la cota de 299 m. Las construcciones del poblado bajan hasta la cota 286 por el lado de levante y mediodía, y sólo hasta la 296 por el lado norte. Así resulta que hay un desnivel de más de 13 m. entre la parte más alta y la más baja del poblado; pero éste se extiende predominantemente por la vertiente meridional o solana, mientras que por el norte queda casi circunscrito a la cumbre de la colina. Esta disposición es bien visible en el corte por A-B que publicamos.

La excavación ha permitido determinar la disposición general del poblado, pero el grado de destrucción de una buena parte de él hace que queden muchos puntos sin resolver, en especial la situación de la muralla, de la que quedan restos muy escasos.

1. La bibliografía sobre Puig Castellar es bastante numerosa. Véase, sobre todo: J. de C. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics de la Costa de Llevant*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, 1927-31, págs. 41-54. Además, Ferran de SAGARRA, *Descubrimientos arqueológicos en Puig Castellar*, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, vol. III, 1906, págs. 88-91, 160-165 y 233-237. — J. PIJOAN, *Una estación pre-romana en Cataluña*, en *Hojas Selectas*, 1906, páginas 483-492. — PUIG I CADAFALECH, FALGUERA, GODAL, *L'arquitectura romànica a Catalunya*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1909, vol. I, págs. 11-12. — FITA, *Nueva inscripción ibérica*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XLVI, 1905, pág. 176. — P. BOSCH GIMPERA, *Prehistòria Catalana*, en *Enciclopèdia Catalana*, XVI, Barcelona, 1919, págs. 265-267. — Idem, *El donatiu de Puig Castellar per D. Ferran de Sagarra a l'Institut d'Estudis Catalans*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-20, págs. 593-596. — J. de C. SERRA RÀFOLS, *Forma Conventus Tarraconensis*, fasc. I, *Baetulo-Blanda*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1928, páginas 19-23. — Idem, *El poblament prehistòric de Catalunya*, en *Enciclopèdia Catalana*, XV, Barcelona, 1930, págs. 138-141.

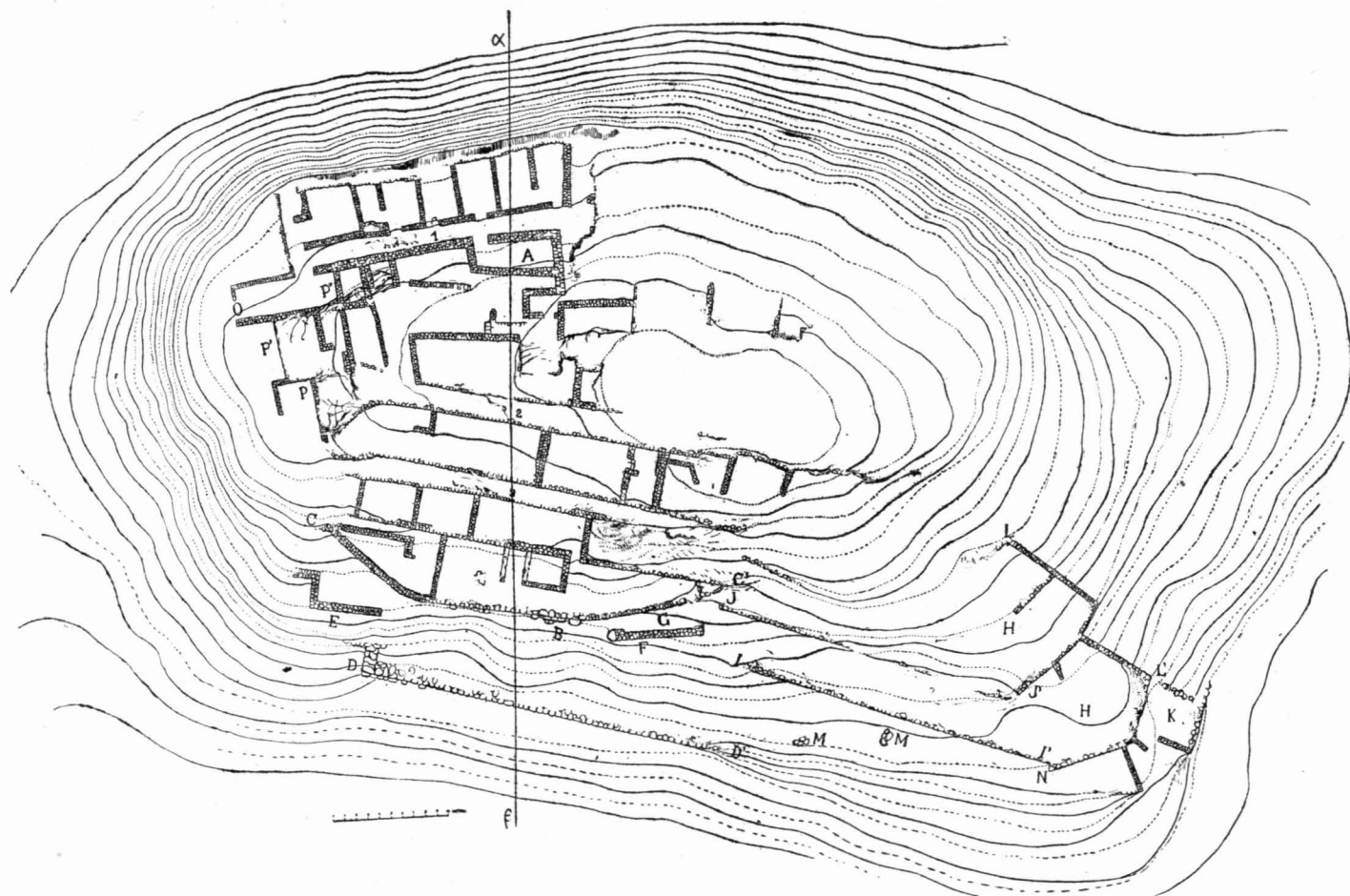


Fig. 2. — Planta del poblado de Puig Castellar.

Había por lo menos tres calles que van en sentido este a oeste, siguiendo las líneas de nivel, y que son aproximadamente paralelas entre ellas. La situada más al norte (calle n.º 1 del plano), está ya en la vertiente septentrional, pero muy cerca de la cresta. Tiene poco más de 1 m. de anchura, y la parte excavada en el momento de levantar el plano tenía 25 m. de longitud; la excavación posterior ha precisado que seguía en la misma dirección, describiendo una ligera curva, en una longitud hasta ahora de 10 m.

Esta calle tiene cámaras o casas a cada lado; las meridionales son las mejor conservadas de Puig Castellar, pero no todas tenían entrada por ella. En realidad, solo tenía por allí su ingreso la casa más oriental (A, del plano), formada de una sola cámara trapecial. El portal, situado en un ángulo, tiene jambas de piedra bien escuadrada. El grosor de los muros de estas casas es de unos 60 cm., y su altura conservada llega a 1'50 m.; de manera que hay que pensar que en esta parte de Puig Castellar todo el muro o su mayor parte era de piedra puesta en seco, y no tenía, como pasa en muchos poblados del Bajo Aragón y acaso en otros lugares del mismo Puig Castellar, una parte inferior de piedra y una superior de adobes. En estas cámaras de Puig Castellar la altura del muro no es de creer fuese muy superior a 2 ms., de manera que se ha conservado en su mayor parte.¹

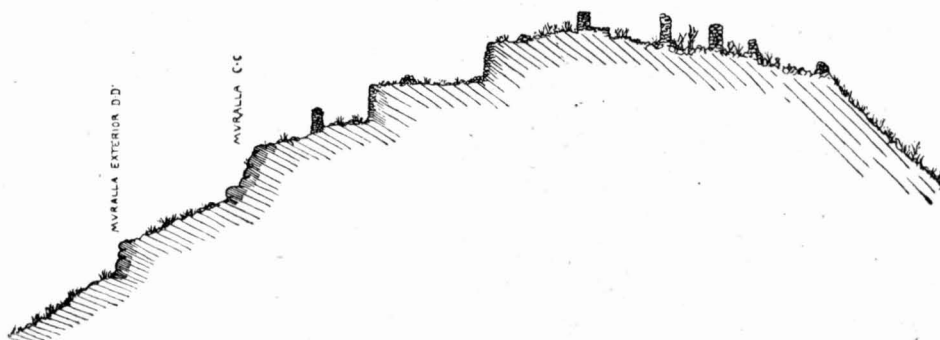


Fig. 3. — Sección por α , β , del poblado de Puig Castellar.

Como en todo el poblado, la técnica constructiva consiste en piedras de tamaño mediano (de 20 a 30 cm. de largo), mal talladas, puestas en seco pero muy cuidadosamente falcadas. Las casas septentrionales, el nivel del suelo de las cuales parece era inferior al de la calle, tenían las paredes de menor grosor (unos 40 cm.); tenían todas su entrada por esta calle y en los 25 m. mejor conservados son en número de cinco; dos de ellas constan de dos cámaras, y las restantes, de una sola; la parte posterior de estas casas debía estar formada por la muralla del poblado, pero los restos que han que-

1. O se había conservado, ya que las ruinas del poblado han sufrido degradaciones extraordinarias en estos últimos años.

dado de ésta y han sido descubiertos por las excavaciones, son tan escasos, que es imposible determinar sus características. Después de este muro, la pendiente del terreno es muy rápida, y en ella no se descubre ninguna pared claramente antigua. La defensa natural constituida por este rapidísimo declive, era tal vez la única del poblado por este lugar, y el citado muro acaso no tenía mayor grosor que las otras paredes de las casas.

La parte más alta de la colina, entre la calle descrita y la señalada en el plano con el n.º 2, es un espacio bastante amplio, en parte sin restos de construcciones, en parte ocupado por cámaras que se relacionan con las casas meridionales de la calle n.º 1. En el espacio en que no han quedado vestigios de paredes, no puede afirmarse no las hubiese; más bien parece estaban muy destruidas, y en este lugar se acumularon tierras de las primeras excavaciones y posteriormente no se consideró provechoso retirarlas.

La calle n.º 2 está ya en la vertiente meridional de la colina; es algo más ancha que la n.º 1, y debía tener únicamente casas en uno de sus lados, el septentrional; por el otro, debían corresponder aproximadamente al nivel de la calle las cubiertas de las cámaras inferiores, como se ve claramente en el corte adjunto. Estas cámaras inferiores tenían su entrada por la calle 3, situada ya en la fuerte pendiente de la vertiente meridional y unos 2 m. más abajo que la 2; y de la misma manera que en ésta, en la calle 3, por el lado de mediodía, se dominaban las cubiertas de las casas construidas más abajo. Ésta es la parte de la topografía del poblado más claramente visible. Más abajo de la calle 3, quedan aún muchas construcciones en la pendiente cada vez más acentuada de la colina, pero su ordenación no es tan clara. De todas maneras, hay que citar la existencia de un muro C - C', de una longitud de unos 30 m., que describe un arco de círculo muy abierto. Este muro no tiene ningún portal visible; hasta llegar a él (bajando del centro del poblado) la pendiente es relativamente suave y las construcciones con paredes perpendiculares bastante numerosas, como puede verse en el plano y corte adjuntos; más abajo, la pendiente es muy fuerte (de un 40 a un 50 por 100) y no existe ninguna construcción hasta llegar a una gruesa pared (D - D'), hecha de piedras mucho más gruesas que las de todo el resto del poblado y que parecen ser una parte (la única conservada) de la muralla exterior. En realidad el poblado, por este lado, tendría un doble muro, ya que la citada pared en arco de círculo C - C', sería un verdadero muro de defensa (en su parte central sirve de sostén a un terraplén). En sus dos extremos, dos paredes (E-F) tienen con ella un cierto paralelismo. En especial la pared F parece que sirve para proteger un camino de acceso G, mientras que de la pared E, que forma un ángulo, no se ve tan clara la utilización. Hay que observar que si

de estas dos paredes los extremos este y oeste, respectivamente, están destruidos de manera que por ellos podían continuar, los extremos que están afrontados (a una distancia empero de 14 m., están perfectamente definidos, y se ve que por este lado no se prolongaban. Es de notar que la gruesa pared D - D', que hemos llamado muro exterior, forma también en el extremo oeste un ángulo semejante al del citado muro que hemos designado con la letra E.

Esta muralla exterior, se ha conservado únicamente en una longitud de 25 m., y su prolongación por los dos extremos es indeterminada. Por el lado sudeste del poblado existe un verdadero cuerpo avanzado (H), encajado al lugar por el cual la subida a la colina es más fácil. Este cuerpo avanzado tiene por la parte del mediodía dos largos muros casi paralelos (I - I' y J - J'), a una distancia de unos 3'50 m. el uno del otro, y que en diagonal van a buscar la pared protectora del camino de acceso G que hemos citado. La muralla exterior queda más abajo, y su enlace con estos muros no es clara. En el extremo del cuerpo avanzado H quedan dos o tres cámaras (K), que no parece que tuviesen comunicación directa con el interior del recinto. Recordemos que en otros poblados ibéricos se encuentran habitaciones extramuros semejantes.¹ Por el lado norte dicho cuerpo avanzado queda cerrado por un muro (L - L') construido perpendicularmente a la pendiente de la colina. Por aquí el enlace con el poblado es aún más impreciso, por corresponder a la parte no excavada de Puig Castellar.

La entrada a la aldea ibérica, aunque solo hipotéticamente, creemos que debía hacerse por la rampa o subidor G, situada sobre la muralla exterior, y la vemos en la siguiente forma : ascendiendo la colina por el S. E., debían encontrarse primeramente las citadas cámaras exteriores K; el camino debía seguir entonces al pie del muro meridional I - I' del recinto avanzado. La muralla exterior debía venir a cerrar hacia la mitad de este muro. Señalan acaso su antiguo trazado algunos restos muy destruidos de pared existentes en este trayecto (M, M del plano). Ningún vestigio queda, empero, para imaginarnos en qué forma estaba construido este primer portal; es posible que fuese únicamente un estrecho pasadizo entre la punta de la muralla exterior, dirigida hacia el muro I - I' y éste; al menos en este muro no queda ninguna señal de unión con ninguna pared. También podría ser que la muralla D - D' se prolongase hasta el ángulo saliente N, formado por piedras bien escuadradas y que podría ser una de las jambas de un portal. La otra habría desaparecido hasta su fundamentación. Estu-

1. Por ejemplo en el poblado dels Castellans, de Calaceite (Bajo Aragón), uno de los mejor conservados que han sido hasta ahora objeto de excavación. Véase : J. de C. SERRA RÀFOLS, *El poblament prehistòric de Catalunya*, págs. 140-143, con un plano.

viere este primer portal un poco más hacia la derecha o hacia la izquierda, el camino debía seguir hasta F, donde por G, en pendiente suave, se llegaba a C' y de allí al extremo de la calle 3, la cual debía girar hacia este punto. El pasadizo G sería, pues, el verdadero punto de entrada del poblado; la muralla D - D' podría ser un refuerzo defensivo exterior, hecho tal vez para consolidar el reducto H, a su vez posiblemente posterior al H', del cual es una réplica avanzada. Como si realmente en F hubiese existido la entrada del poblado, lugar natural de reunión, al pie de la parte central del muro C - C' hay un banco de gruesas piedras (B), muy bien orientado hacia el mediodía, al cual dicho muro sirve de respaldar.

El problema más difícil de resolver en Puig Castellar, es el de la comunicación entre las diversas calles, y el de la forma cómo estaba cerrado el poblado por la parte de poniente, pues en este lugar no ha quedado ningún resto de muro y las paredes están fuertemente degradadas. Las calles no comunican entre ellas por medio de rampas ni escaleras. Como quiera que no conocemos empero sus extremos, nada podemos precisar. La entrada por el extremo de poniente de la calle 1 sería por o, y la calle dibujaría diversos ángulos y entrantes.

A lo que hemos apuntado respecto al aparejo constructivo, podemos añadir que en la parte alta del poblado las piedras suelen ser más pequeñas, y que en la parte baja, en especial en los muros D - D' y C - C', abundan las grandes piedras rodadas y redondeadas traídas del lecho del Besòs, o sea salvando con ellas a cuestas un desnivel de cerca de 250 m. Como hemos dicho, diversas esquinas y jambas de puertas son hechas con piedras perfectamente escuadradas. En muchos lugares las paredes de piedra tienen poca altura, cosa que en parte puede ser atribuída a la destrucción, pero el hallazgo de adobes hace pensar que estos materiales debían formar la parte superior de los muros; algunos de estos adobes tenían señales de la impresión por contacto de madera o de ramaje, y debían corresponder a las cubiertas, hechas de troncos, ramas y tierra. Por fin hay que observar que en algunos lugares (P, P', P'') la roca ha sido tallada y rebajada para regularizar algunas habitaciones.

2. TURÓ D'EN BOSCA.¹ — Conocido también por Turó del Mas Boscá o de Folcs, es una eminencia de unos 200 m. de altura, situado en término de Badalona, entre los barrios del Canyet y Pomar de Dalt. En su cumbre hay las ruinas de un poblado ibérico en gran parte destruído por los cultivos (hay que advertir que se encuentra en un terreno muy densamente po-

1. SERRA RÁFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, págs. 49-50. — Idem, *Baetulo-Blanda*, página 24. — FONT I CUSSÓ, *Els ibers a Badalona*. Agrupació Excursionista Badalona, n.º 16, septiembre-octubre de 1933, págs. 5-11.

blado). Tenía al parecer forma alargada, ocupando una longitud de unos 150 m. De lo poco que queda, lo más notable es una torre cuadrada de 5'50 m. por 6 m. que defendía una escalera de acceso semejante a otras entradas secundarias y estratégicas descubiertas en otros poblados. En sus proximidades se han descubierto silos de enterramiento.

3. TURÓ DE LES MALESES.¹ — Situado en el extremo sudoeste de la sierra de la Conrería, cerca de la partición de los términos de Reixac, Badalona y Sant Fost. Hace años fué señalado este lugar como punto de hallazgo de cerámica ibérica, suponiéndose existían allí las ruinas de un poblado. Posteriormente, los socios del *Centre Excursionista Badalona* comprobaron esta suposición y efectuaron allí algunos sondeos, excavando una cámara y descubriendo parte de la muralla.

4. TURÓ DE MONTGAT.² — En esta pequeña eminencia que avanza hasta el mar fueron descubiertos, en 1933, restos ibéricos consistentes en cerámica, varios silos y restos de paredes, todo ello muy destruido. Hay que recordar que este cerro ha sufrido durante las últimas décadas tales transformaciones, que hoy no sería reconocible por nuestros abuelos,³ la carretera de Francia, de gran anchura, lo ha partido en dos por medio de una profunda y amplia trinchera; además, diversas industrias lo han utilizado como cantera, de manera que lo extraordinario es que hayan podido ser descubiertos aquellos restos. El hecho de que este promontorio haya sido identificado con el *Promontorium Lunarium* de Ptolomeo, ha hecho pensar a algunos que tales restos podían ser de un templo, pero nosotros no vemos inconveniente en que pertenezcan a un poblado. Tampoco lo es la presencia de silos de enterramiento, pues en otros lugares (por ejemplo en la Torre dels Encantats que citaremos luego) se da el mismo caso. Igual podríamos decir respecto a su situación cerca del mar, pues los poblados ibéricos que existieron en las pequeñas penínsulas ocupadas por la Vila Vella de Tossa⁴ y el Castell de Palamós,⁵ son muchísimo más marítimos.

1. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics*, pág. 49. — FONT I CUSSÓ, *Restes ibèriques*, Agrupació Excursionista Badalona, n.º 14, mayo-junio 1933.

2. J. FONT I CUSSÓ, *Restes Ibèriques*, Agrupació Excursionista Badalona, n.º 14, mayo-junio 1933, págs. 8-10.

3. AGUSTÍ ALBERTÍ, *Montgat*. Agrupació Excursionista Badalona, n.º 23, enero-febrero 1935, págs. 8-9.

4. XAVIER CASADEMUNT i IGNASI MELÉ, *Converses sobre les excavacions de la vila romana de Tossa sostingudes entre...*, en *Butlletí del Grup Excursionista Gironí*, 1922. — A. del CASTILLO, *La Costa Brava en la antigüedad*, en *Ampurias*, I, pág. 204.

5. VIVES i MIRET, *L'Acròpolis del Castell*, en *Butlletí del Museu de Palamós*, n.º 3, año II, 1936, págs. 21-25, y CASTILLO, lugar citado, págs. 202-203.

5. CASTELL RUF.¹ — Es una colina aislada, avanzada de la sierra litoral sobre el Vallés. Tiene una altura de 368 m.; es de difícil acceso por tres lugares, y únicamente por un cuello situado en el lado sudeste resulta fácil la subida. Su distancia del mar es de cerca de 6 km., pero éste no es visible desde Castell Ruf, ya que la sierra litoral interpone elevaciones superiores. Castell Ruf, propiamente, domina las tierras vallesanas de Martorelles y Mollet. Del primero de estos pueblos dista solo poco más de 1 km. En la cumbre de la colina se ven restos de paredes de disposición confusa, por la gran cantidad de piedras caídas y la vegetación abundante que lo cubre todo. A pesar de lo cual se adivinan algunas cámaras rectangulares.

La cerámica recogida, entre la mucha que abunda en toda la colina, es iberolayetana ordinaria, lisa, a torno, sin pintar; algunos fragmentos de vasos hechos a mano con relieves, y helenística de barniz negro brillante.

6. TURÓ DE SANT MIQUEL.² — Situado en término de Montornés, entre este pueblo y Martorelles, teniendo a un lado el Torrente de Can Gurri y por el otro la riera de Vallromanés. Tiene 410 m. de altura, y en su cima existen restos de un doblado al parecer muy interesante, en los que se señalan muestras de incendio.

7. CABRILS.³ — Los elementos que formaban el *Foment d'Estudis de la Maresma*, que exploraron sumariamente buena parte de estas sierras, descubrieron, en febrero del 1931, una estación ibérica de habitación, en el término de Cabrils, situada al noroeste del cementerio del pueblo, a unos 200 m. del mismo. Practicadas dicho año por el cura párroco de Cabrils, señor Lluís de Sobregrau, unas pequeñas catas, se descubrieron restos de las habitaciones y varios silos. Cerca de este lugar se han hecho hallazgos ibéricos menos importantes; tales son, entre el «Torrent del Grau» y el «Torrent de Can Pelat», cerámica ibérica y helenística; cerca del «Turó d'En Torres», casi en la cumbre de la sierra, cerámica ibérica; cerca del pueblo, tocando al camino que conduce al cementerio, en la parte alta, también cerámica ibérica.

En las pendientes de esta montaña, cerca de Cabrils, en 1932, el

1. SERRA RÀFOLS, *Baetulo-Blanda*, págs. 42-43. — Idem, *Llocs d'habitació ibèrics*, páginas 50-51.

2. Citado primero por SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, pág. 43, quien lo visitó después en compañía de J. COLOMINES. FONT Y CUSSÓ dió una breve referencia del mismo en su trabajo *Els ibers a Badalona*. Agrupació Excursionista Badalona, n.º 16, septiembre-octubre de 1933, pág. 5, nota 1.

3. M. RIBES, en *El poblat ibèric de Burriac*, folleto publicado por el *Foment d'Estudis de la Maresma*. Mataró, 1931, pág. 8. Idem, *Origen i fets històrics de Mataró*, pág. 40. — SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics*, pág. 50.

citado cura de este pueblo señor Lluís de Sobregrau «hizo una pequeña excavación, descubriendo algunos vasos casi enteros, hechos a mano, muy groseros y otros más finos, algún trozo de cerámica pintada y trozos de plomo fundido y de hierro».

8. MONT CABRER.¹ — Colina de 317 m. de altura, situada entre Cabrera de Mataró y Cabriels; de su cima a la de Burriac hay poco más de 1 kilómetro. En dicha cima existen restos de construcciones del tipo de las de Puig Castellar, que, como en Castell Ruf y demás poblados no excavados, la vegetación y las piedras caídas no permiten estudiar con provecho. La cerámica recogida es la ibérica a mano, con decoraciones en relieve, los diferentes tipos ibéricos a torno sin pintura y la helenística.

9. BURRIAC.² — La colina de Burriac (401 m.) está situada frente a la de Montcabrer, al otro lado del valle de Cabrera de Mataró.

Su cima, extraordinariamente acantilada, está ocupada por las ruinas, todavía imponentes, de un castillo medieval. La pequeña planicie de la cumbre no mide más allá de 60 m. de largo por 20 ó 30 de ancho. Las construcciones del castillo parecen haber borrado toda huella anterior que pudiese existir. Donde quedan restos más antiguos es en la vertiente meridional de la colina, que tiene un fuerte declive. Estos restos son los siguientes: por un lado, una fuerte muralla que va de norte a sud perpendicularmente a la pendiente del cerro. Este muro, comienza a unos 80 m. de la cumbre, cerca del lugar en que la pendiente se acentúa, y se prolonga con algunas interrupciones en una longitud de unos 300 m., quedando su extremo meridional impreciso, como el septentrional. En este espacio hay cinco salientes en forma de torre, a distancias variables entre ellos, que van de 40 a 80 m. Parece que había un portal al lado de la tercera torre. El grosor de la muralla es de más de dos metros entre las torres segunda y cuarta, y más delgada (menos de 1'50 m.) más arriba y más abajo de ellas. La altura que se conserva de sus restos es sólo cosa de un metro, y la torre tercera, por el exterior, tiene más de dos. La muralla está constituida por dos paramentos interior y exterior de gruesas piedras, y el espacio intermedio está relleno de pedruscos y tierra.

Al oeste de esta muralla existe un vasto espacio de vertiente ocupado por un gran número de paredes de sostén, que parecen dibujar una especie de caminos o calles. No se ve claro que realmente se trate de restos de calles y tampoco se ven señales indudables de casas o cámaras. Por el

1. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, pág. 51. — Idem, *Baetulo-Blanda*, pág. 54. M. RIBES, lugar citado, pág. 10. — Idem, *Origen i fets històrics de Mataró*, págs. 38 y 41.

2. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, págs. 51-53. — Idem, *Baetulo-Blanda*, páginas 46-51. — RIBES, lugares citados.

suelo se recoge abundante cerámica ibérica de los tipos corrientes, más la helenística usual. En medio de estas paredes existe, en la parte de poniente, una construcción en forma de torre de planta cuadrangular, que mide 8 m. de largo por 5 de ancho, con un portal en el lado de levante y

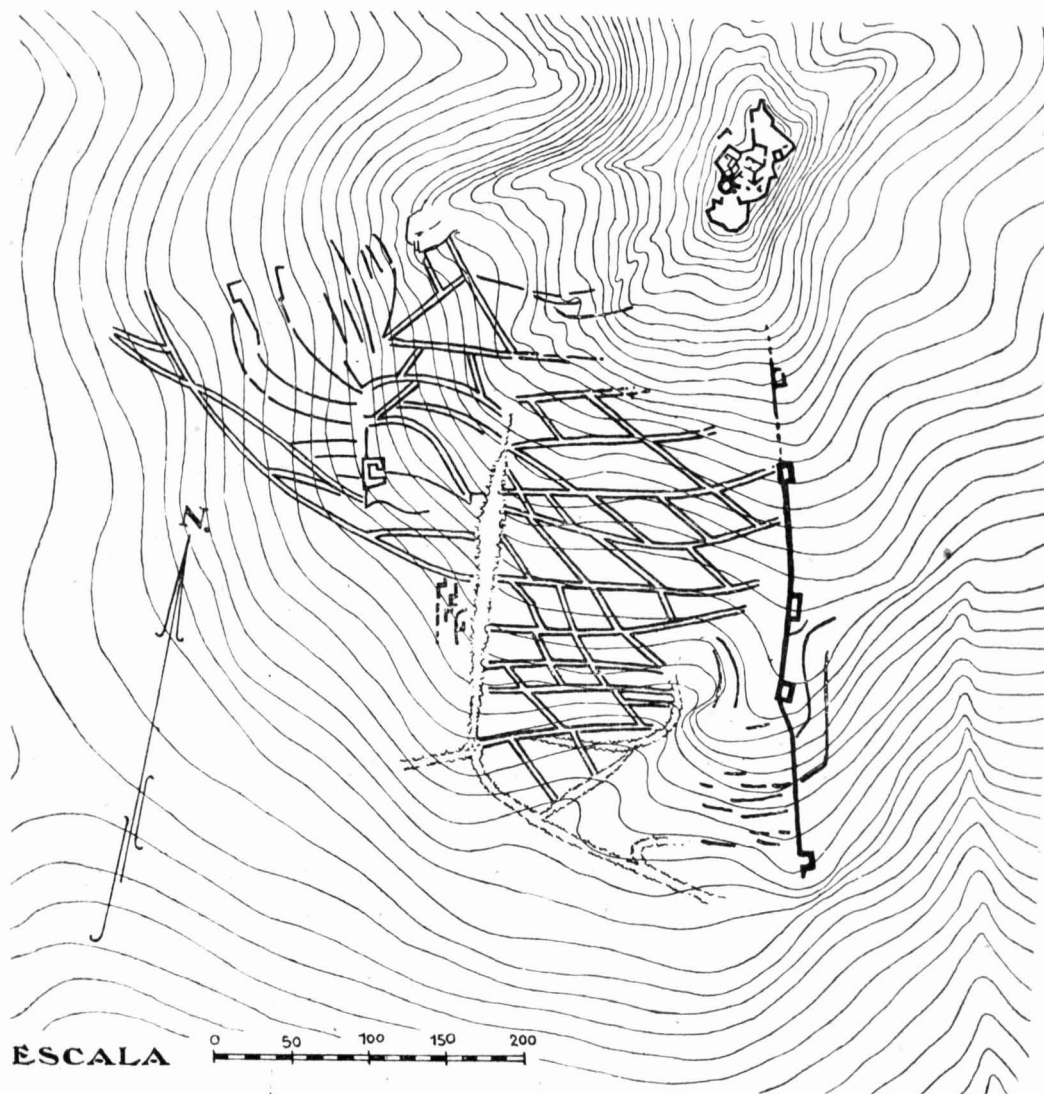


Fig. 4. — Planta del poblado de Burriac (según M. Ribas).

muros de 1'20 m. de grueso y hasta 2'50 de alto. Esta torre y la tercera de la muralla han sido groseramente vaciadas. Se encontró en su interior gran cantidad de huesos, moluscos y cerámica. También en esta área, y donde más abunda la cerámica, existen diversas cuevas artificiales abiertas en el *sauló* o piedra poco dura que forma la parte exterior de la montaña.

No existen elementos para datar estas cuevas artificiales; todas ellas tienen una planta semejante, o sea un corredor de acceso, generalmente muy estrecho (menos de 1 m. de ancho), que termina en una cámara circular. La más profunda de estas cuevas mide 5'40 m. de fondo (incluyendo el corredor, en parte hecho a cielo abierto), y la cámara más grande mide 2'20 m. de diámetro; son de techumbre baja; la cámara más alta tiene 1'70 m. de alto. También en esta área se conocen algunos silos que no tenemos noticia hayan sido vaciados.

El poblado de Burriac plantea algunos problemas interesantes. Si hay que admitir que el espacio comprendido entre la muralla descrita, la parte más alta de la colina y la construcción en forma de torre que hemos citado, estaba ocupada por casas o cabañas, tendríamos una superficie de 12 hectáreas, a la cual hay que sumar la de la parte alta de la colina, superficie casi excesiva para un poblado ibérico. Puig y Cadafalc, nos ha sugerido acertadamente la idea de que el poblado propiamente dicho ocuparía únicamente la cima de la colina (que es el lugar que ofrece verdaderas condiciones para la defensa), y que toda la vertiente limitada al este por la muralla, sería un espacio cercado dependiente del poblado, en el cual tal vez se guardase el ganado, sin que esto quiera decir que no se elevasen allí algunas construcciones aisladas. Al ser amenazados los habitantes de Burriac podían refugiarse en lo que podríamos llamar acrópolis de su poblado, de dimensiones reducidas y defensa fácil, al mismo tiempo que elevaron la muralla descrita para proteger, de un ataque momentáneo, sus parques de ganado y sus habitaciones exteriores.

Se encuentran en Burriac todas las variedades de cerámica antigua propias de la comarca.¹

10. CÉLLECS.² — Situado en término de Òrrius, en la sierra de Céllecs, que forma tres cerros acantilados, unidos por cuellos más bajos. En el más alto (534 m.), conocido por Turó Gros y El Castellot, a causa precisamente de los restos antiguos que en él se encuentran, se levantan las ruinas de este poblado ibérico, dominando a 1 km. y medio de distancia el pueblo de Òrrius.

El Turó de Castellot es de difícil subida por todos lados (en especial está muy acantilado por el noroeste y sur) y sólo resulta practicable por el oeste sudoeste, donde hay el collado que lo une con el cerro vecino. Los

1. RIBES, *Origen i fets històrics de Mataró*, págs. 22 y siguientes, supone que a este poblado corresponden las monedas con la leyenda ibérica *MAΔQH (Ildure)* y que al ser desplazados sus moradores al solar de la actual ciudad de Mataró, llamada en época romana *Iluro*, según lo atestiguan los textos y las inscripciones, la nueva ciudad tomó su nombre del antiguo poblado.

2. SERRA RÀFOIS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, págs. 53-54. — Idem, *Baetulo-Blanda*, páginas 44-45.

restos de construcciones ocupan únicamente la cumbre, mientras que los fragmentos de cerámica antigua han rodado por las vertientes hasta la parte baja.

El recinto del poblado es perfectamente visible, y tiene forma trapecial. Una muralla lo rodea completamente, aunque sólo se conserva en una altura de 0'40 a 0'60 m.; pero el lugar donde estuviese la puerta de

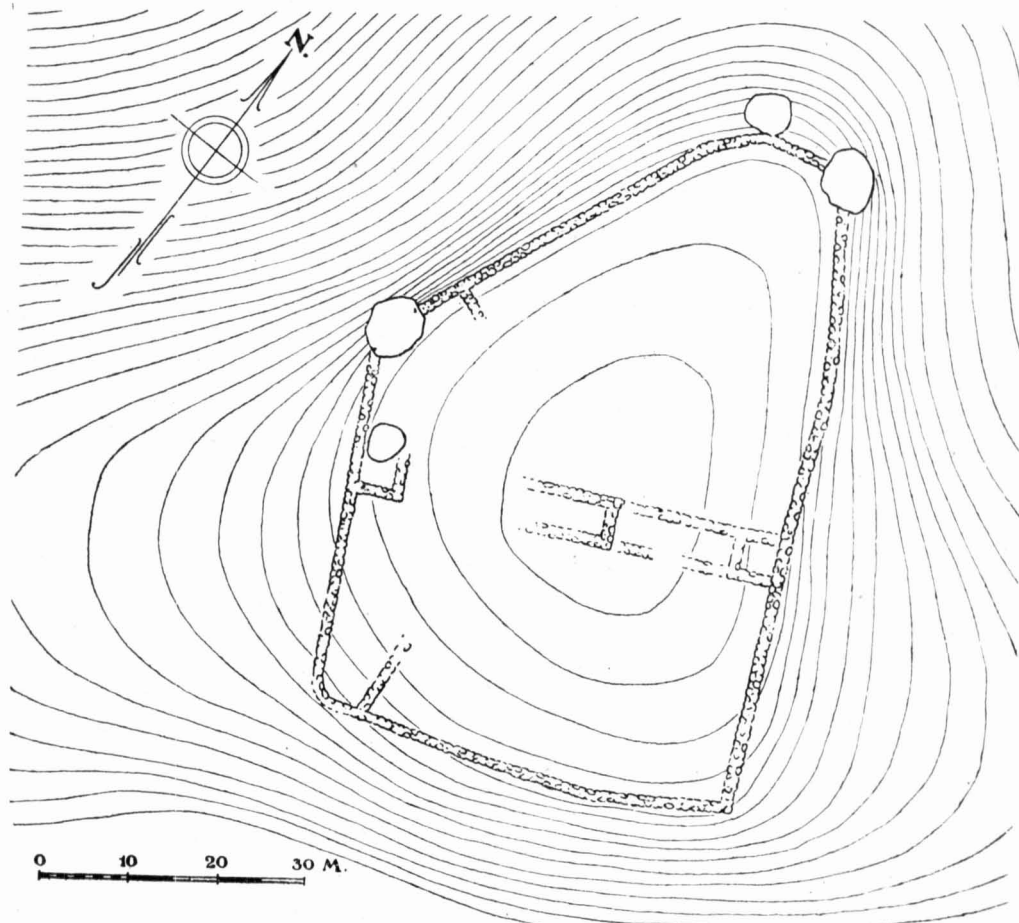


Fig. 5. — Planta del poblado del Castellot de Céllecs (según M. Ribas).

acceso no se puede precisar; la vegetación abundante que cubre el lugar y la falta de excavaciones, hacen que el plano adjunto tal vez no sea muy exacto. El grosor de la muralla es de un metro aproximadamente; su longitud total es de unos 230 m. que cierran un espacio de unos 3,000 m.² El muro está hecho con dos paredes de piedra seca, los materiales de las cuales, algunas veces tallados con mayor o menor perfección, tienen un tamaño máximo de 0'40 m. de largo, y están sostenidos por medio de piedras más pequeñas. El espacio intermedio está relleno de pedruscos y tierra, al estilo de la muralla de Burriac. En diferentes lugares se uti-

lizaron rocas naturales para sostener y consolidar la muralla. En el espacio interior se ven algunas paredes que arrancan perpendicularmente de la muralla, el grosor de las cuales es poco inferior al de ésta. Se puede adivinar alguna cámara rectangular, pero no es posible determinar nada más sin una previa excavación. Los tipos de cerámica recogidos son los mismos que encontramos en Puig Castellar.

11. POBLADO ENTRE ARGENTONA Y ÒRRIUS.¹ — Descubierto por el *Foment d'Estudis de la Maresma* en 1931. Sus restos aparecen en las vertientes que miran a la riera de Clarà, en el lugar donde pasa la nueva carretera de Òrrius, a algo más de 2 km. de Argentona. No se ha publicado ningún detalle de los hallazgos que en él hayan podido ser hechos. Pero parece es un poblado muy arruinado del tipo de los descritos.

12. TURÓ DELS CASTELLANS. — No sabemos más que la existencia entre Dos Rius y la Roca del Vallès, en el término del primero de estos pueblos, de una colina en la que han sido señalados restos ibéricos.

13. EL CASTELL. — En término de Dos Rius, muy cerca de este pueblo, al norte del mismo, existe una colina de 295 m. de alto, a cuyo pie pasa la riera de Rials, y en cuya cima han sido señalados restos de construcciones ibéricas, sin que tengamos de ellas noticias más concretas.

14. EL FAR.² — Las ruinas de este poblado están situadas en la cumbre llamada Turó del Vent (401 m. de altura), llamado también Turó de Llinàs y Turó d'en Rossell, que forma parte de la cadena que corre entre la riera del Far y el torrente del Molinot. Está a menos distancia de la depresión del Vallès que no del mar. La iglesia del Far queda a 1'5 km. y el pueblo de Llinàs del Vallès a 2 km.

El camino carretero que va al Far sigue esta cresta y cruza el lugar del antiguo poblado, los restos del cual quedan a derecha e izquierda del camino. El estado de destrucción del poblado hace muy difícil adivinar su planta sin efectuar trabajos de excavación. La pared que se ve más claramente es una muralla que se conserva solamente en una altura de 0'50 m., cortada en diversos segmentos, la cual cierra la parte más alta del cerro. Empezando por el oeste sigue en un trozo paralelamente al camino, del cual se va separando poco a poco, hasta llegar a la distancia de 170 m. del punto de origen, donde parece hay restos de un portal y es visible una

1. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, pág. 53. — RIBES, *Origen i fets històrics de Mataró*, pág. 40.

2. SERRA RÀFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, pág. 54. — Idem, *Baetulo-Blanda*, páginas 68-69. — RIBES, *Origen i fets històrics de Mataró*, pág. 42-3.

cámara adherida a la parte interior del muro; a partir de aquí éste se desvía hacia el nordeste, y a los 33 m. se dibujan dos cámaras a manera de torres: una de grande (16 por 4 m.) que hace saliente por la parte exterior, y otra más pequeña por la interior. La muralla se prolonga aún en una longitud de unos 45 m., y entonces parece girar en ángulo muy agudo hasta volver

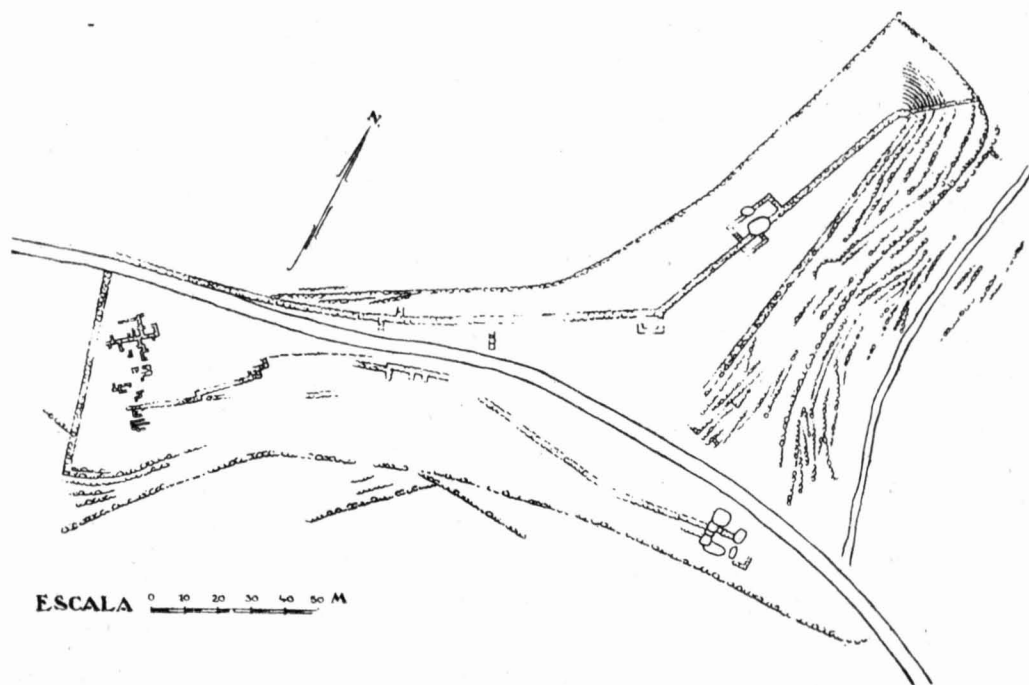


Fig. 6. — Planta del poblado de El Far (según M. Ribas).

a encontrar de nuevo el camino, que aquí la cortaría perpendicularmente. Al otro lado de éste, quedan, a levante, unos muros que dibujan una especie de torre, formada en parte de rocas naturales; y a poniente un sector de muralla que enlaza con la que hemos descrito y que va de norte a sud. La unión de estos dos elementos situados al sud del camino es poco visible. En diferentes lugares cercanos a estos muros se dibujan cámaras rectangulares y en otros márgenes de piedra seca que siguen las líneas de nivel y que pueden no tener nada que ver con el poblado. Éste parece que tenía una forma alargada y era bastante extenso. La cerámica que se recoge es semejante a la de las otras estaciones de la comarca.

15. TURÓ D'ONOFRE ARNAU. — Situado en término de Mataró, en la parte oriental del mismo, entre los torrentes Forcat y de Mata, de un centenar de metros de altura. En él han sido señalados restos ibéricos sin que de ellos se haya efectuado ningún estudio.

16. MONTALT. — En el vértice de partición de los términos de Dos Rius, Arenys de Munt, Sant Vicens de Llevaneres y Sant Andreu de Llevaneres, se eleva esta colina a unos 580 m. de altura, habiendo noticias de existir en su cumbre restos de un poblado ibérico inexplorado.

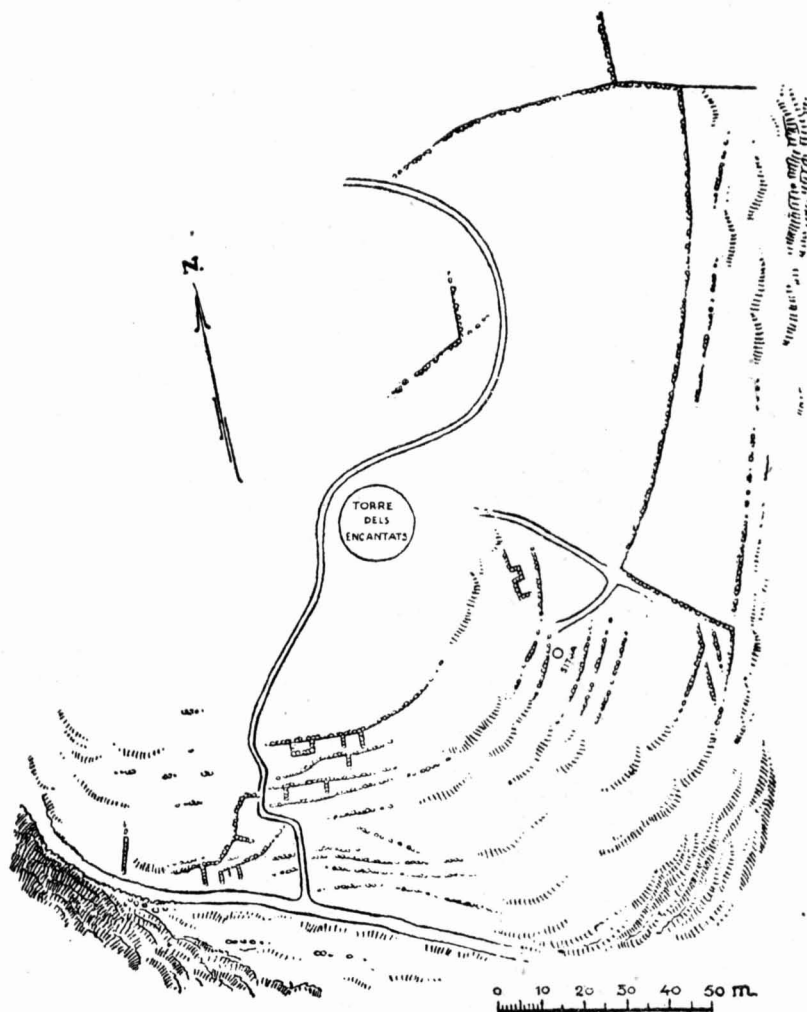


Fig. 7. — Planta del poblado de la Torre dels Encantats (según J. M. Pons y M. Ribas).

17. POBLADO DE LA TORRE DELS ENCANTATS.¹ — Está situado en el término de Arenys de Mar, en el llamado «Turó del Castellar», pero tocando a la villa de Caldes d'Estrac o Caldetes. En su cumbre se eleva una gran

1. J. M. PONS-GURI, *Notes per a l'arqueologia del Maresme*. Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya, n.º 513-514, 1938. En una nota de este interesante trabajo se cita toda la restante bibliografía, a la cual nos remitimos.

torre cilíndrica medieval, la Torre dels Encantats, por cuyo nombre es preferible conocerlo por ser más característico, y desde hace muchos años se conocían en este lugar silos ibéricos de enterramiento. En 1931 se pudo precisar que era el lugar de emplazamiento de un poblado ibérico bastante extenso, pero muy destruido. En las partes sud y este es donde quedan más restos, incluso los de una muralla de 114 m. de longitud y una altura que varía entre 1 y 2 metros. En su recinto, además de nuevos silos, ha sido descubierta una cueva artificial cavada en la roca, semejante a las existentes en Burriac.

18. PUIG CASTELL. — En término de Sant Cebrià de Vallalta, en el vértice de la confluencia de la riera de Sant Pol con el Sot de Vallfogona. Tiene 192 m. de alto, y en su cima parece existen restos de construcciones ibéricas.

19. MONTPALAU. — Este «turó» se encuentra en el término de Pineda en el lindero del de Orsavinyà, a la izquierda de la riera de Pineda; tiene unos 270 m. de altura, sus pendientes están pobladas de bosque y en su cumbre se encuentran restos de construcciones antiguas. Parece que las hay medievales y otras más antiguas. En ellas se han recogido fragmentos de cerámica ibérica.¹

20. PUIG CASTELLAR. — Es una colina situada unos 4 km. al norte de Orsavinyà, en la que ha sido indicada la existencia de restos ibéricos.

21. TURÓ DE BLANES. — Nada podemos añadir sobre este lugar a lo indicado en nuestro trabajo *Bactulo-Blanda*, pero indicaremos que el señor V. Coma Soley, culto investigador e historiador de la localidad, está efectuando en la misma pequeños trabajos de excavación, que seguramente permitirán averiguar si en este lugar sólo se encuentran restos romanos o si bien existen de culturas anteriores. En un próximo noticiario arqueológico de esta misma REVISTA, publicaremos algo sobre el particular.²

1. SERRA RÁFOLS, *Llocs d'habitació ibèrics...*, pág. 54.

2. RIBAS BERTRAN, en su citado trabajo más importante, cita con carácter de dudosos los siguientes restos: Entre el Turó d'En Dori y Can Vilardell, en una pendiente cerca del torrente de Ballatriu, hay algunos restos muy derruidos de habitaciones y cerámica (no indica en el término donde se encuentran los indicados accidentes geográficos). Por los alrededores de Can Rogent y de Cala Maria Bruta, del término de Canyamars (Dos Rius), hay cerámica ibérica.

LAS NECRÓPOLIS

Las necrópolis correspondientes a estos poblados, por no ser aparentes, nos son las más de las veces desconocidas. El tipo más frecuente de sepultura es el silo, colectivo y de incineración; pero hay también la urna contenida en una pequeña fosa. De lo primero se conocen muchos ejemplos. En unos casos los silos cinerarios estaban en el interior mismo de los poblados o en una estrecha vecindad (Montgat, Torre dels Encantats); en otros en las laderas o al pie de la colina ocupada por el poblado (Mas Boscà). Los ejemplos de necrópolis de fosas son menos abundantes; la mejor conocida y una de las más interesantes necrópolis ibéricas descubiertas es la de Cabrera de Mataró, que era probablemente el lugar de enterramiento de los difuntos del poblado de Burriac. No sabemos a qué responde la coexistencia de dos tipos de sepultura tan diferentes. En el segundo, la influencia céltica o hallstättica es más fuerte, de manera que pensaríamos en una mayor antigüedad, si la identidad de los hallazgos no demostrase su contemporaneidad.¹

LOS ELEMENTOS DE VIDA DE LOS LAYETANOS

Los hallazgos efectuados en estas estaciones arqueológicas nos hablan de los elementos de vida de los layetanos, pobladores de la Maresma. Para ello son más interesantes los exhumados en los poblados que las ofrendas de las sepulturas; y de la misma manera que Puig Castellar, por ser el único excavado, nos ha permitido conocer de una manera aproximada la disposición urbana de un poblado, será también él, por los objetos encontrados en sus ruinas, quien nos informará mejor sobre las actividades de los layetanos. Claro que sería utilísimo multiplicar las excavaciones, y que son varios los poblados que aparentan ser muy ricos en hallazgos, pero momentáneamente nos hemos de contentar con los de este pequeño lugar.

Los layetanos eran, en el siglo III, preferentemente agricultores. Completaban esta actividad con la caza, no sabemos si la pesca, algunas industrias y el comercio. Además eran guerreros.

De su actividad agrícola tenemos una prueba en los útiles de labranza descubiertos. Entre ellos destaca una laya de tres puntas, que no

1. En SERRA RÀFOIS, *Bactulo-Blanda*, puede verse la bibliografía correspondiente a estas necrópolis. Véase, además, PONS I GURI, trabajo citado (Silos de Can Fassina), y RIBES, *Orígen i fets històrics de Mataró*, que cita el hallazgo de diversos silos en varios lugares.

es en realidad la «fanga» actual, ya que se enmanga perpendicularmente y servía, por lo tanto, para cavar. A su lado es digno de figurar un magnífico azadón. Otro instrumento es un pico enmangado por el centro y con dos cortes de opuesto sentido, es decir, el uno vertical y el otro horizontal, herramienta que podía servir para cavar, pero también para cortar leña. Ciertas grandes clavijas pertenecen indudablemente a carros, arados u otros aparejos probablemente relacionados con la agricultura. Una posible reja de arado es también de gran interés.

De la caza tenemos muestras más que en las armas, en restos de los animales cazados : colmillos de jabalí, que debía ser muy abundante y que es uno de los animales salvajes que, como su congénere doméstico, proporciona mayor cantidad y más sabrosa carne; y astas de ciervo, lo que nos habla de la presencia de ejemplares de esta especie, hoy extinguida en la región.

De la pesca no tenemos ninguna prueba, con todo y que Puig Castellar no estaba muy lejos del mar (los arrastres del Besós han alejado evidentemente la costa). No sólo los autores antiguos, tal como se ha remarcado tantas veces, nos dicen que el contacto de los íberos con el mar era escaso, sino que no se ha encontrado en ninguno de estos poblados ningún anzuelo, a diferencia de lo que pasa en las estaciones romanas posteriores (en las ruinas de Baetulò han aparecido en gran número). Acaso otros poblados más marineros nos hagan rectificar esta apreciación.¹

De industrias, casi todas ellas de carácter doméstico, tenemos bastantes muestras. Hay pesos de telar y fusayolas, lo que quiere decir que se tejía, probablemente en todas las cabañas, y con toda seguridad, por manos de las mujeres. Hay tijeras de muelle para uso agrícola o doméstico. Hay crisoles y trozos fundidos de plomo, lo cual nos dice que se fundía y elaboraba este material forastero. En cambio, tenemos menos muestras de fundición de hierro, ni tampoco de moldes para objetos de éste o de otros metales, por lo que hemos de suponer que la metalurgia era poco importante, bien que no debían faltar herreros para reparar las herramientas, ya que el hierro se trabajaba preferentemente a martillo. Hay cerámica indígena en gran cantidad, a mano y a torno, y ésta debía ser, con la textil, la más importante de las industrias, en parte doméstica y femenina, en parte extradoméstica y masculina.

Del comercio nos habla una gran cantidad de objetos importados, tan abundantes, que forman un tanto por ciento muy grande del ajuar. Tenemos primeramente los objetos de hierro; en la comarca no hay hierro y nos parece probable que algunas de las herramientas llegasen elaboradas de las fargas del Pirineo, o importadas por los mercaderes griegos y feno-

1. De ahí el gran interés de investigar, lo más ampliamente que sea posible, uno de estos lugares marinos, como el Castell de Palamós (véase la nota 4 de la pág. 91).

púnicos. No hay de ello duda en cuanto a las espadas de los tipos de La Tène, fabricadas con una perfección y con una uniformidad de tipos que parecen hablarnos del trabajo en serie. Esto ya hemos dicho no excluye el herrero pueblerino trabajando sobre chatarra. Tenemos, después, una parte de los objetos de bronce, unos de sello helenístico y otros, aunque indígenas, elaborados creemos fuera de la comarca. Seguimos con la masa considerable de la cerámica helenística, muy abundante, y en la que no dejan de figurar objetos ricos dentro de la vida y el ajuar de estas gentes rudas, como son las bellas crateras (encontradas también en otros lugares de la comarca, como la necrópolis de Cabrera de Mataró), y hasta objetos de arte puro, como una pequeña testa helenística de tierra cocida.

¿Qué daban los layetanos a trueque de estos objetos? Muy poco de moneda seguramente,¹ y en cambio, con toda probabilidad, productos de la tierra. Y ello nos lleva a pensar cuáles podrían ser sus cultivos. De seguro cereales, pues para ellos tenían los molinos (no parece que aquí debiese hacerse gran uso de la harina de bellota, como entre los lusitanos, galaicos, etc.). Pero los cereales no debían ser objeto de otra exportación que el sustento de los pobladores de las colonias comerciales forasteras. Queda la vid, para el cultivo de la cual la región tiene grandes condiciones, y cuyos vinos, más tarde, son citados más de una vez, y queda el olivo, el árbol que en la antigüedad daba la riqueza. Vino y aceite debían ser la base de la economía exportadora de los layetanos, y en general, de todos los pueblos ibéricos o iberizados del litoral mediterráneo.

De la actividad guerrera nos hablan las armas. Tenemos espadas que son armas de guerra y no de caza, espadas que precisamente sus tipos nos dicen que son importadas; en otros lugares tenemos umbos de escudo, arma igualmente defensiva en la guerra y no en la caza, soliférreos, pilums y otras armas. Y nos hablan también de la guerra y de las crueles costumbres de la época, con la mueca de sus faces descarnadas, los cráneos sepultados descubiertos en Puig Castellar, al pie de la muralla; uno de ellos atravesado por un largo clavo de hierro, con el que debió ser fijado al muro, a la manera como todavía hace pocos años procedían los marroquíes con los vencidos en sus cruentas luchas intestinas. Esta punición debió tener lugar poco antes de la destrucción del poblado, pues de otro modo la calavera no se habría conservado. Claro que queda la duda de si la víctima era realmente un vencido en guerra, pero parece lo más probable.

Por fin, otros pequeños objetos nos dicen algo sobre sus costumbres y, por lo tanto, sobre su manera de vivir. Hay algún objeto con inscripción

1. Sobre la moneda ibérica de la comarca ver nuestro trabajo *Baetulo-Blanda*, págs. 59 y 64, y GEORGE F. HILL, *Notes on the ancient Coinage of Hispania Citerior*, New York, 1931, páginas 51-55. En otro lugar ampliaremos estas referencias, ya que las monedas por su fecha corresponden al siglo II, o sea a los comienzos de la romanización.

ibérica en letras y lengua indígenas, lo que equivale a decir que alguien sabía nada menos que leer y escribir; hay astrágalos y minúsculos vasos cerámicos sin ninguna posibilidad de utilización práctica, encontradas ambas cosas en buen número, que nos dicen que los niños, entonces como ahora, se entregaban a sus juegos; hay un peine de hueso que nos habla de aseo y coquetería femeninas; y, por fin, objetos que creemos descuellan entre todos por la extensa gama de sugerencias que proporcionan, hay llaves, que nos hablan de propiedad individual y familiar y que nos dicen que el ibero al abandonar su choza no se fiaba de los vecinos, moradores de las otras chozas, sino que cerraba su puerta a doble vuelta, que diríamos ahora.

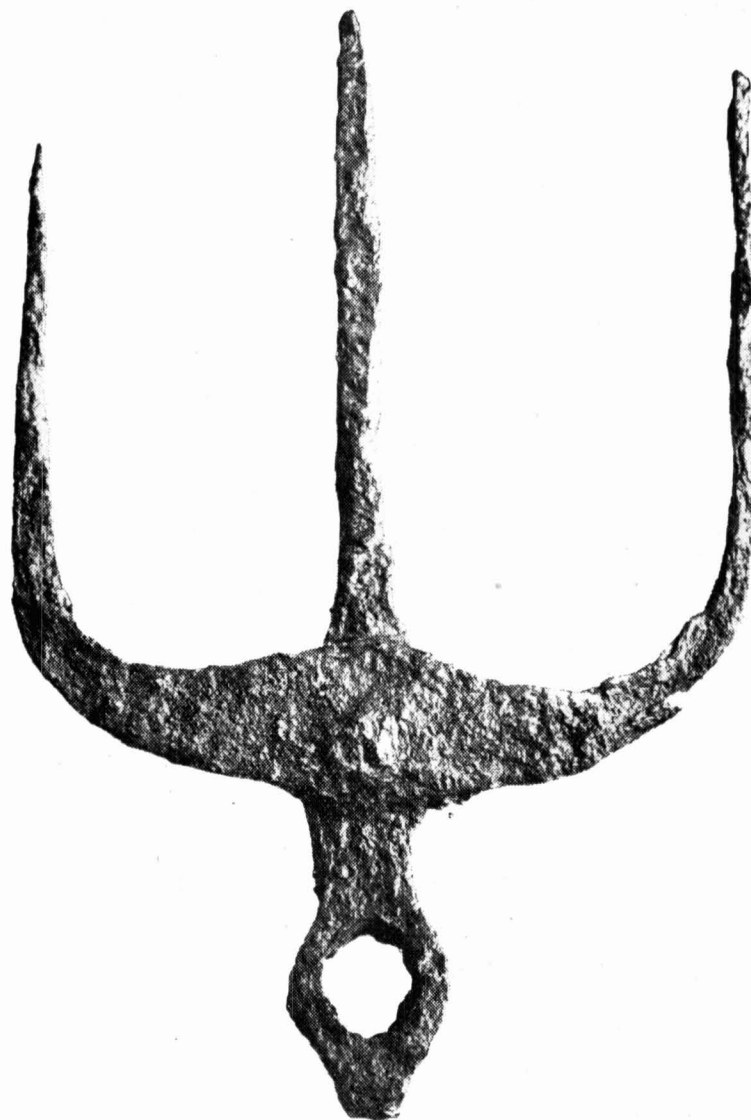
UN CUADRO DE LA VIDA LAYETANA

Podemos intentar trazar, a base de estos elementos, un cuadro de la vida ibérica que no estará muy lejos de la realidad. La vida de la aldea debía comenzar con el alba. La puerta de la muralla debía abrirse para dar paso a los labradores que descendían hacia los cultivos, situados en la parte baja de los montes y en las pendientes de los mismos, en cuanto a la viña y el olivar; en Puig Castellar hacia la parte donde está hoy la casa de Salud y el pueblo de Santa Coloma de Gramanet; con ellos debía salir el ganado de trabajo que poseían los más ricos, escaso, pues en el poblado hay poco espacio, mientras los más pobres cultivaban sus tierras con las simples azadas. También las mujeres debían abandonar sus cabañas para ayudar al cultivo y efectuar la penosa tarea de descender hasta el Besòs para traer a las cabañas la necesaria provisión de agua. La vida normal debía sucederse monótonamente en esta forma, como en nuestras aldeas. Las columnas de humo salidas de los hogares, por las puertas o por un agujero practicado en la techumbre de las chozas, debían marcar las horas del día. El trabajo de aprovisionarse de leña en los bosques vecinos, debía ser otra de las tareas diarias, y la caza abundante debía completar las provisiones. Acontecimientos que venían a romper este ritmo acompasado y que, en medio de la monotonía del mismo, debían tomar proporciones desmesuradas, serían aquellos que figuran como hitos en la vida del hombre: una boda, un nacimiento, una muerte. En estos momentos la vida del poblado debía animarse. Si la boda era con persona de otro poblado, cosa que debía acontecer con frecuencia, la animación debía ser mayor con la llegada de forasteros procedentes de alguno de los aduarenses próximos: Turó de Mas Boscà, Turó de les Maleses, etc. En caso de una defunción, no debían faltar tampoco los forasteros, deseosos de participar en la comida



Actividad económica de los layetanos

Picos de hierro de doble corte dispuestos vertical y horizontalmente (1/2 aproximadamente; proceden del poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



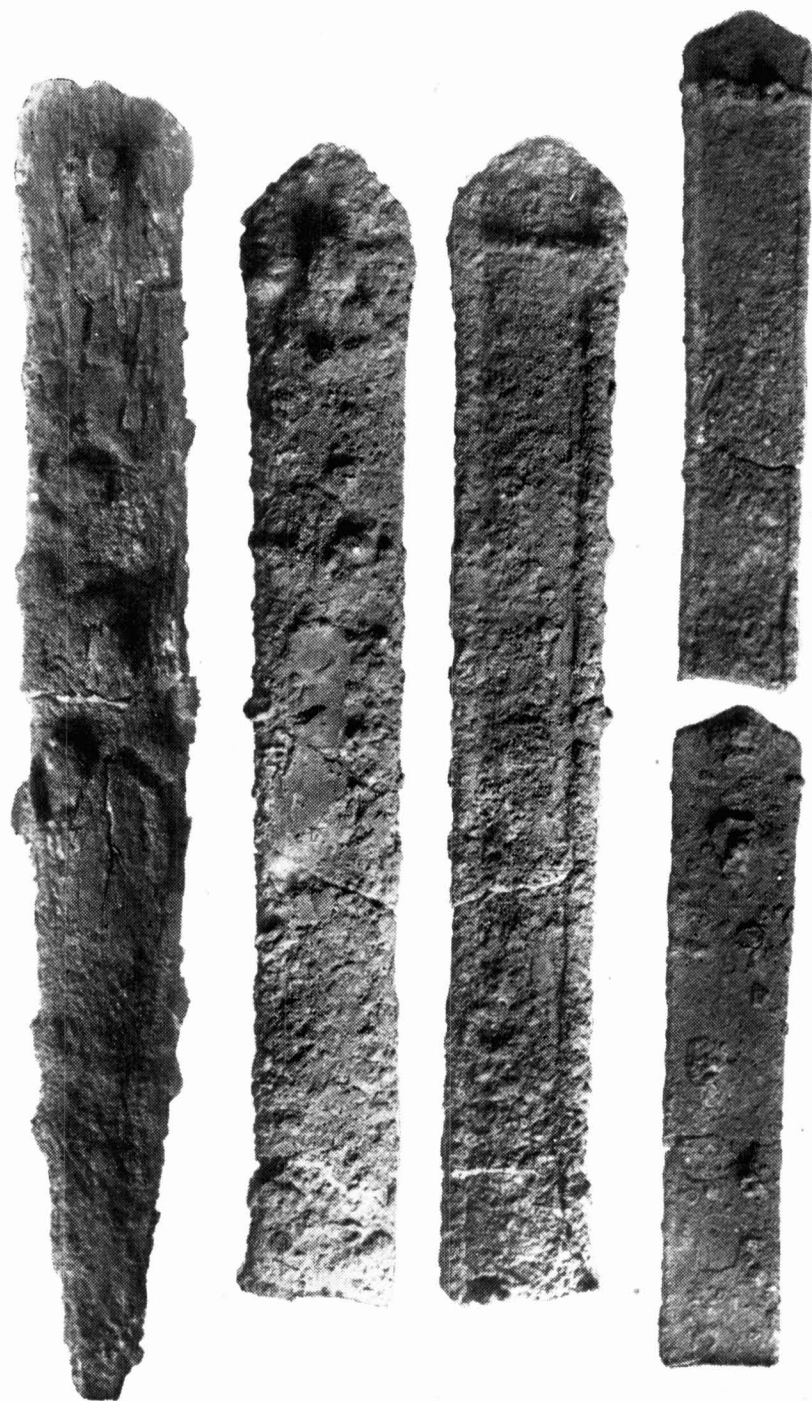
Actividad económica de los layetanos

Tridente de hierro de uso agrícola, enmangado perpendicularmente (1/2 aprox. procede del Poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



Actividad económica y bélica de los layetanos

Varillas de hierro correspondientes a un carro parado; hojas de espada y dardo (las varillas y las espadas a $\frac{1}{3}$ de su tamaño y el dardo a $\frac{1}{2}$ aprox; proceden del poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



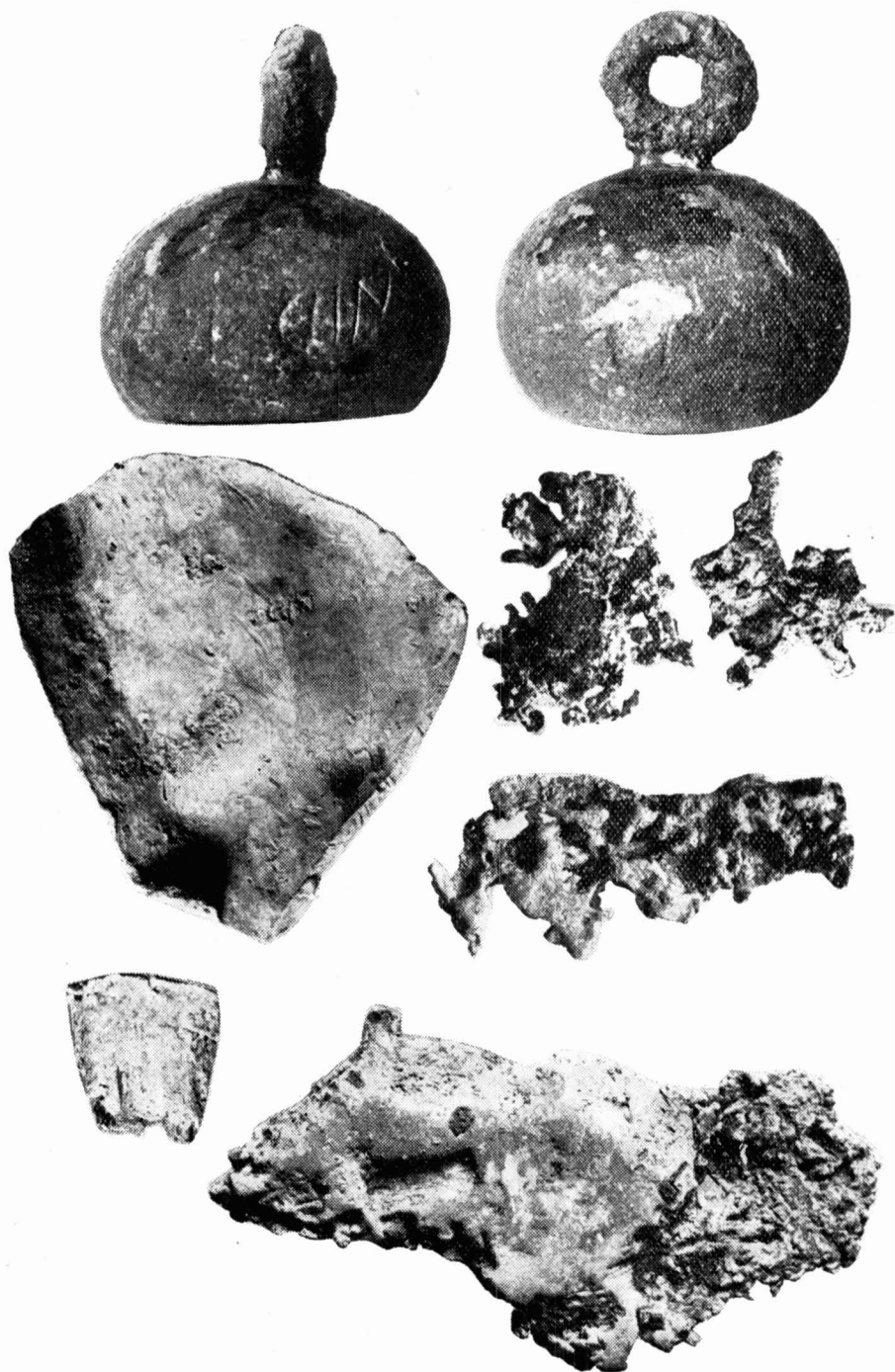
Actividad bélica de los layetanos

Espada y vainas de espada (1/3 de su tamaño; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



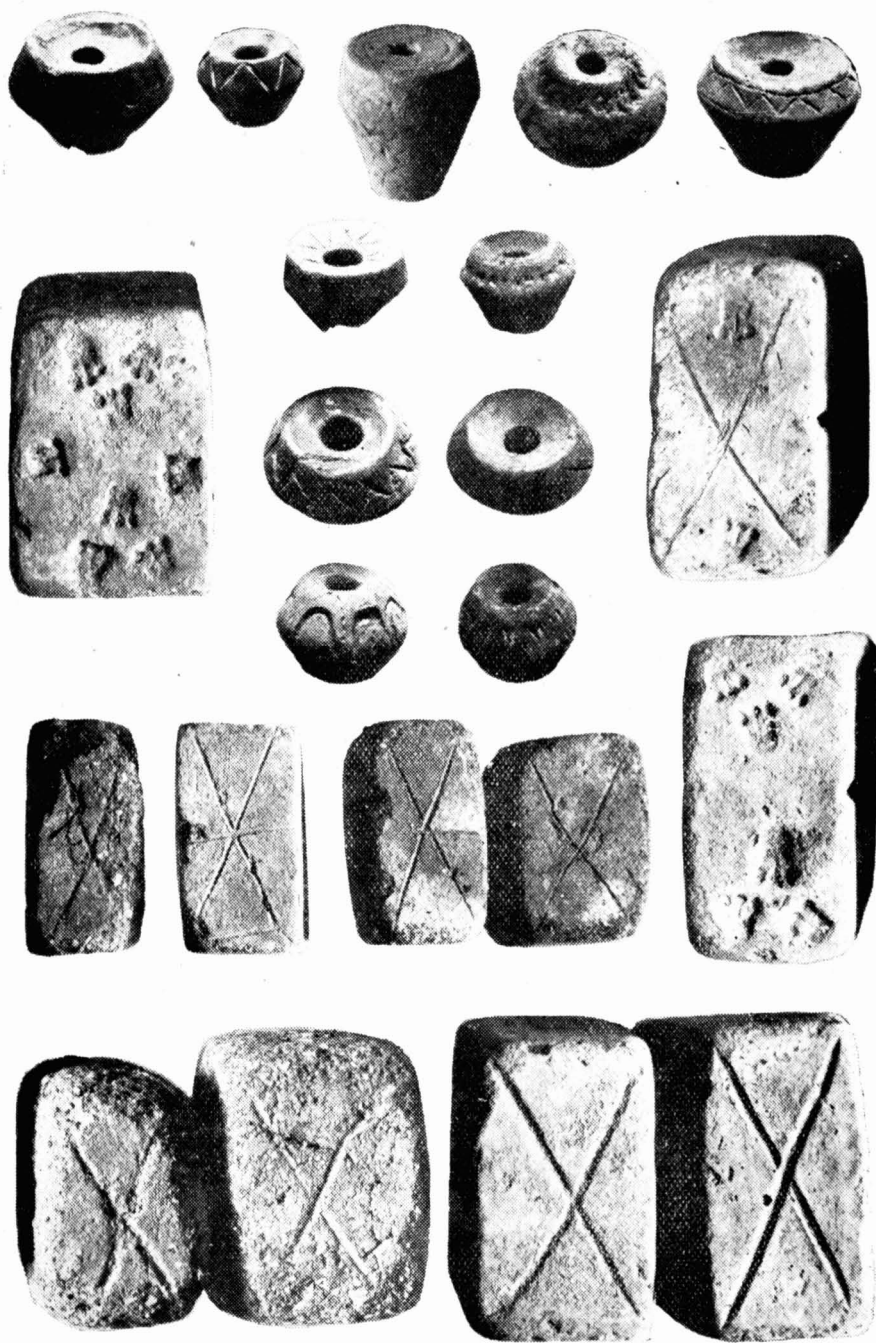
Actividad económica y doméstica de los layetanos

Clavijas de hierro, llaves, pequeño pico y mango de bastón de asta de ciervo
(1/2 aprox. del tamaño natural; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico
de Barcelona)



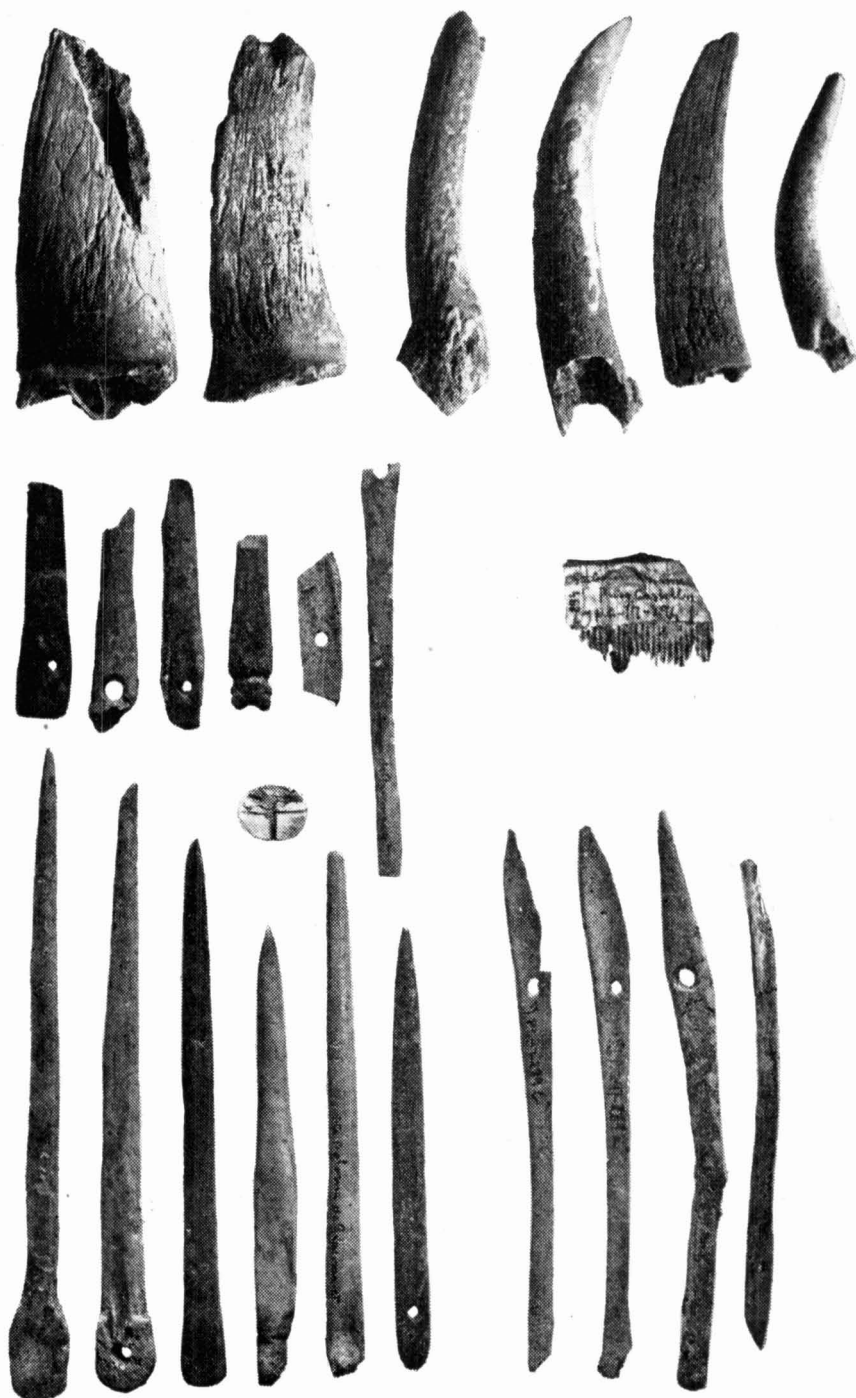
Manifestaciones culturales y económicas de la vida layetana

Ponderal (?) de piedra, atravesado por una clavija de hierro, con inscripción grabada y trozos de plomo fundido (1/2 aprox, del tamaño natural; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



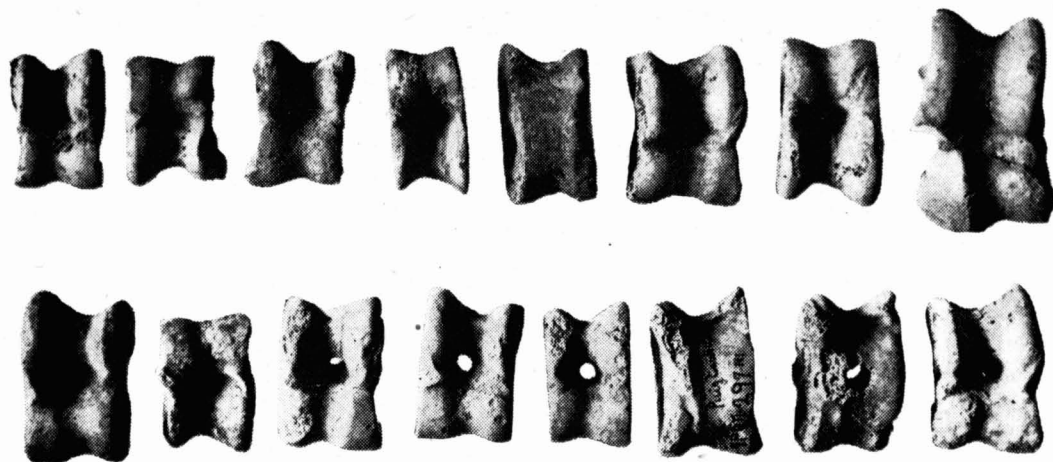
Actividad económica de los layetanos

Muestras de su industria textil de carácter doméstico. Fusayalas y pesos de telar (los primeros a $\frac{1}{2}$ de su tamaño y los segundos a $\frac{1}{3}$; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona.)



Actividad venatoria y doméstica de los layetanos

Candiles de asta de ciervo, agujas y punzones de hueso, fragmento de peine de hueso (1/2 aprox. de su tamaño; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



Vida doméstica de los layetanos

Astrágalos y pequeños vasos de barro, utilizados probablemente unos y otros en juegos infantiles (algo más de la mitad del tamaño natural; poblado de Puig Castellar; Museo Arqueológico de Barcelona).



Cráneo clavado en la muralla de Puig Castellar por medio de un largo clavo de hierro. Muestra de las costumbres bélicas de los layetanos.

fúnebre que tenía lugar después de haber incinerado el cadáver en una pira de leña, depositado sus cenizas en una urna, y colocada ésta en su hoyo o en el silo que contenía otras muchas cenizas de familiares o amigos.

En la época de las cosechas, también la animación debía ser mayor. Y de vez en cuando surgía un litigio o querella con los miembros de un poblado vecino : disputa por unos pastos, por el uso de un camino, por la utilización de un abrevadero, por la captura de una res o por una venganza personal. Entonces todo el poblado debía llenarse de conversaciones agitadas y acompañadas de grandes gesticulaciones. Las más de las veces todo debía terminar en nada, resolviéndose el asunto, después de prolijas entrevistas, con un simple banquete, en el que debían tomar parte los ancianos y los notables. Pero a veces las cosas pasaban a mayores, y después de consultados los magos, hechiceros o sacerdotes, los hombres efectuaban una expedición, una razzia, hasta el poblado enemigo. El resultado de ella, las más de las veces, no debía ser muy sangriento : algunas piedras o dardos cambiados a distancia, pero algunas veces unos heridos o una muerte debía retardar la pacificación de las relaciones; con todo ya sabemos que Puig Castellar mismo nos da ejemplo de querellas sangrientas. Pero los bienes materiales, el ganado y los sembrados, debían ser los principales objetivos de tales expediciones. En estos momentos se debían guardar con armas bienes tan apreciados; pero el incendio de unas mieses, la talá de unos sarmientos o de unos olivos, o la desaparición de unas reses, indicaba el éxito de los atacantes. La puerta del poblado y la muralla debían permanecer vigilados, aunque el asalto y toma de uno de estos poblados por los moradores de otro de la misma categoría, debía ser excepcional.

Menos frecuente, y por lo tanto objeto de mayor exaltación, debía ser el hálito de los grandes hechos políticos y militares que ocupan las páginas de los historiadores, y que, como un débil eco, llegaban hasta los poblados layetanos. Desde aquellas alturas debía divisarse el paso lento de una flota costeano el litoral layetano, o el de un ejército que discurriese por la depresión vallesana. Este último hecho debía ser conocido con anticipación, ya que las noticias de esta naturaleza corren entre los bárbaros con extraordinaria rapidez. En ocasión semejante, toda la vida normal debía quedar trastornada y paralizada, excepto el cumplimiento de ciertas necesidades ineludibles, como el abastecimiento de agua, que debía multiplicarse : del río al poblado, largas filas de mujeres cargadas con ánforas debían acarrear toda la cantidad posible del precioso elemento en previsión de una reclusión de varios días. Con todo, no hay que pensar que los villorrios ibéricos se preparasen para resistir un sitio en regla, para el que nada podían tener preparado. Sus murallas eran más buenas para resistir

un ataque momentáneo que no una acción en la que se empleasen todos los medios poliorcéticos de la época. La gente, en previsión de lo que pudiese acontecer, si el paso del ejército no había sido objeto de previas negociaciones que hubiesen dado por resultado el consentimiento de las tribus, se acogía a las murallas junto con el ganado y todos los bienes que podían ser transportados, y todo el mundo deseaba que el peligro se alejase sin tocar a su aldea. Esto debía acontecer las más de las veces, pero, excepcionalmente, del ambiente adormilado de las aldeas nacía una voluntad de resistencia contra el paso de un ejército o la aceptación de un dominio. Entonces, grandes hogueras encendidas en la cumbre de los montes, en lo alto de las torres o junto a la puerta de los poblados, llamaban a los moradores de las aldeas de la tribu, que debían reunirse en gran número en lugares tradicionales, y de estas reuniones debía salir la paz o la guerra. Si era lo primero, todo se reducía a facilitar algunas dolorosas prestaciones: víveres, hombres o dinero. Si era lo segundo, los hombres útiles marchaban en su mayor parte para incorporarse al ejército irregular levantado por la tribu, que obedecía las órdenes de un caudillo momentáneo, designado no sin grandes discusiones. Llevaban con ellos las armas de guerra: espadas, dardos, lanzas, soliférreos, escudos, arcos, etc., y unas pocas provisiones, ya que tales ejércitos vivían sobre el país. Se concentraban generalmente en un lugar estratégico por el que había de pasar el enemigo, y en donde libraban batalla rehuyendo las campañas largas. Otros hombres quedaban velando en la aldea, cuyos muros eran reforzados y puestos en estado de defensa. Si la batalla era victoriosa, este hecho era conocido bien pronto, y se veía coronado por el regreso de los guerreros vencedores, trayendo consigo el botín alcanzado y explicando historias fabulosas de la batalla. Si la derrota había seguido a la acción, las más de las veces, a su sombra fatídica, la liga tribal que unía a los poblados quedaba deshecha, y cada aldea tomaba sobre sí el determinio de abrir sus puertas al enemigo victorioso y prestarle todos los tributos exigidos, o resistirle si aquél tenía interés en atacar estas pequeñas ciudadelas, cosa que sólo acontecía si su intento era establecer un dominio permanente sobre el país, y del que prescindía si se trataba de un ejército que cruzaba la comarca en vista de una lejana expedición (v. gr., el paso de Aníbal). En el determinio a tomar, influían grandemente las narraciones de los fugitivos pintando la fuerza el número y la crueldad del enemigo y los pronósticos de carácter religioso. En el caso de Puig Castellar y de varios de los poblados de la Maresma, al parecer hubo, al llegar la conquista romana, esta voluntad de resistencia, y no nos extrañaría que el cráneo expuesto en la muralla (y que no era único) fuese el de algún romano o aliado, o el de algún ibero, cuya testa fuese colocada allí después de la rendición de la aldea.

UN INTENTO DE CENSO DE LA POBLACIÓN IBÉRICA

¿Es posible calcular la población de las regiones ibéricas en el siglo III a. de J. C.? La cosa resulta muy difícil, y el resultado a que se llegue será siempre hipotético. Pero nosotros vamos a intentarlo para la Maresma, creyendo llegar a un número aproximado. Creemos de interés este intento, porque nada contribuiría mejor a darnos una idea de lo que era una región en la antigüedad, que saber cuál era la densidad de su población. En la Maresma, lo relativamente completo de nuestro conocimiento arqueológico, la uniformidad del país, su extensión reducida, todo convida a intentarlo.

EL NÚMERO DE POBLADOS. — Tenemos catalogadas unas quince estaciones de habitación, de la mayoría de las cuales conocemos un pequeño número de hallazgos, suficiente, empero, para fijar con gran aproximación su posición cronológica y poder afirmar que pueden considerarse contemporáneas. Todas ellas corresponden al siglo III a. de J. C.; esta fecha la obtenemos especialmente gracias a la cerámica helenística o campaniana, que se encuentra uniformemente en todas partes. A esta cerámica acompaña una masa predominante de cerámica indígena, hecha a torno, sin decoración de ninguna clase, y de un color gris oscuro característico. En ella hay formas derivadas de las helenísticas, otras que tienen su origen en vasos de metal, otras de tradición hallstättica. A su lado hay mucha cerámica indígena, también a torno y sin decorar, representando grandes vasos para contener líquidos o áridos, entre los que la forma más típica es la gran ánfora cilíndrica alargada, de punta vacía y carente de cuello. También se encuentran vasos a mano con decoración poco rica de cordones, del tipo que se ha llamado de tradición neolítica. Cuando las excavaciones han enriquecido los hallazgos, nada se ha encontrado que contradijese este resultado. Al contrario, los hallazgos del período II de La Tène, han venido a confirmarlo. Otra observación capital es la ausencia casi absoluta de hallazgos de época romana, confirmada igualmente por las excavaciones. Esto nos da un término *ante quem* para la cultura representada por estas estaciones de habitación.

Sentadas estas afirmaciones cronológicas y dada la densidad de poblados conocidos en las zonas de la comarca que han sido objeto de más activa exploración,¹ creemos que no es exagerado suponer que en toda ella

1. Esta se ha debido sobre todo a algunos inteligentes muchachos excursionistas aficionados a la arqueología, modelo de los cuales es el señor J. Font Cussó, de Badalona.

podían existir tres veces el número de poblados que hemos catalogado, y que, por lo tanto, en el siglo III podían existir, en la zona que hemos delimitado como Maresma, unas cincuenta aldeas layetanas, digamos exactamente cuarenta y cinco para atenernos a aquella proporción, lo que daría un promedio de una aldea por cada 13 km², ya que la extensión de la comarca considerada es de unos 600 km.

LA EXTENSIÓN DE LOS POBLADOS. — Puig Castellar creemos presenta muy bien un promedio de extensión de las aldeas de la comarca. Acaso figure más bien, entre los pequeños que entre los grandes. Burriac, Sant Miquel de Montornés, Les Maleses, El Far, La Torre dels Encantats, parecen mayores. Turó de Mas Boscà, Turó de Montgat, Céllecs, parecen menores. Castell Ruf, da una extensión muy semejante; pero repetimos que si tomamos Puig Castellar como promedio, no estaremos muy lejos de la realidad. Tan sólo el día en que se hayan multiplicado las excavaciones podremos hablar con mayor seguridad.

LA DENSIDAD DE LOS MORADORES DE CADA ALDEA. — Las aldeas ibéricas eran todas lugares amurallados; esto quiere decir lugares de habitación compacta, bien diferentes de las mismas aldeas medievales desprovistas de murallas, y todavía más de las aldeas modernas. Para hacer un cálculo de la población de un lugar ibérico no podemos tomar como base un estudio semejante de nuestros pequeños lugarejos pirenaicos, tomando a éstos como el tipo más primitivo de agrupación compacta actual. Primeramente, la zona pirenaica es una zona ganadera, y la estabulización invernal del ganado requiere grandes espacios; por otro, los pequeños pueblos pirenaicos no son amurallados, y por lo tanto, al no verse estrechados por el cinturón de los muros, no han debido calcular tan estrictamente el terreno. Por eso son pueblos agrupados, pero no compactos, en el sentido de que con frecuencia dentro de ellos quedan espacios no viales sin edificar. Tales lugares pirenaicos no suelen llegar a cien vecinos, con extensiones no menores a las de nuestros poblados. Si supusiésemos a éstos un vecindario semejante, llegaríamos para toda la comarca a cinco o seis mil habitantes.

Pero esta cifra de un centenar de vecinos la consideramos inferior a la realidad. La estrechez de las calles de Puig Castellar (poco más de un metro de ancho) nos habla bien claro del aprovechamiento extremado del terreno. Y lo mismo pasa con el estudio de la casa. Cuando los ciudadanos nos trasladamos a cualquiera de nuestras aldeas, lo mismo si son de las zonas llanas que de la montaña, nos admiramos de la amplitud de las habitaciones y del torpe aprovechamiento del espacio que se hace en las casas campesinas. No sucedería lo mismo si nos trasladásemos a una aldea de

tipo ibérico; en ella nos encontraríamos con casas formadas de una sola pieza, sirviendo a la vez de comedor, cocina y dormitorio, pieza aun de muy reducidas dimensiones. Estudiando las cinco casas de la parte norte de la calle n.º 1 de Puig Castellar, tenemos de izquierda a derecha las siguientes dimensiones : casa primera, una sola cámara de 22'5 m²; casa segunda, dos cámaras ocupando 24'75 m²; casa tercera, una cámara de 18'75 m²; casa cuarta, una cámara de 16'25 m²; casa quinta, dos cámaras con 32'5 m². Tenemos, pues, un promedio de superficie de 23 m² para cada casa, incluido en el mismo el grosor de los muros. Un examen de las cabañas recayentes a la calle tercera, y el de todas las demás casas cuya área es posible determinar de una manera bastante aproximada en el resto del poblado, nos da un resultado semejante; de manera que la cifra de 23 m² puede ser tomada como promedio de la extensión de las casas de Puig Castellar. Análisis semejantes efectuados en otros lugares,¹ tampoco nos dan resultados muy dispares. En general, en los poblados más grandes la casa tiene acaso una área algo mayor y en los más pequeños es todavía más reducida (por ejemplo, en la Gesera, es de sólo 12 m²). Estas áreas tan reducidas no han de extrañarnos, pensando se trata de gentes que no conocían el mueble, en el sentido moderno de la palabra, y que, por lo tanto, para guarecerse y guardar sus escasos bienes necesitaban muy poco espacio.

LA FAMILIA LAYETANA. — Ahora bien, ¿cuántas casas de este tipo podían existir en Puig Castellar? Un examen atento del plano nos hace pensar que por lo menos habría unas cincuenta casas. ¿Y cuántos habitantes podemos suponer para cada casa? La familia primitiva se suele considerar muy numerosa, pero en esto hay que ser muy circunspecto. No hay duda que la natalidad debía ser grande. Cada matrimonio debía tener tantos hijos como la naturaleza era capaz de darle, pero la mortalidad infantil debía ser espantosa y venía a constituir la válvula de seguridad que impedía que la población creciese a un ritmo más acelerado que los medios de vida. De ahí que el crecimiento de la población sea muy lento o nulo en las sociedades primitivas. Por lo tanto, no creemos que pueda suponerse a cada familia habitadora, de cada una de las casas que hemos calculado, superior a cinco o seis miembros, incluidos los niños de corta edad que van cruzando rápidamente el ámbito familiar, naciendo y muriendo con poca diferencia de tiempo. Creemos que este momento de la cultura ibérica representó, con la estabilización de una agricultura lo bastante desarrollada para alimentar no sólo a la población, sino exportar géneros que permitían importaciones bastante abundantes, un progreso muy importante de la po-

1. Véase, respecto a Emporion, SERRA RÀFOLS, *El poblament prehistòric de Catalunya*, página 168.

blación, del orden que puede permitir la familia de cinco individuos : los padres y tres hijos llegados a la edad núbil. Admitamos, pues, esta cifra como buena para aquellas casas, con todo y que no se puede rechazar la de seis personas, pues en las sociedades primitivas el individuo que ha llegado a la madurez, sobrepasando las desfavorables condiciones higiénicas imperantes en aquel estadio social, demuestra poseer un organismo tan fuerte, que le faculta para llegar a la vejez, de manera que el número de ancianos suele ser bastante elevado. En el primer caso, tendríamos para Puig Castellar doscientos cincuenta vecinos, y en el segundo, trescientos, cifras que parecerán bastante elevadas, dada la estrechez del lugar, pero a las que hemos llegado por medio de un cálculo bastante minucioso y que, sin ser inexpugnable, lo consideramos provisionalmente digno de ser atendido.

RESULTADO FINAL DE NUESTRO INTENTO DE CENSO. — Multiplicando estas cifras por 45 tendríamos 11,250 ó 13,500 habitantes para toda la comarca, con una población relativa de 18 ó 22 habitantes por kilómetro cuadrado. Esta cifra parecerá acaso bastante elevada, pero de todos modos no creemos andar muy lejos de la realidad en una comarca favorecida por las condiciones naturales y que podía alimentar esta población con todo y existir extensiones considerables de bosque.

La conclusión final a que se llega es que las tierras ibéricas mediterráneas estaban bien pobladas y al punto para recibir la cultura romana, que las había de convertir en verdaderas tierras de civilización.